



Andar la calle: necropolítica, microtráfico y personas callejeras en la ciudad de Medellín

Anlly Daniela Araque Mira

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropóloga

Tutor

Pablo Bedoya Molina, Magíster (MSc) en Historia

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita	(Araque Mira, 2022)
Referencia	Araque Mira, D.. (2022). <i>Andar la calle: relación entre personas callejeras y necropolítica en Medellín</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH).



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda.

Decano/Director: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Javier Rosique Gracia.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

Si las nubes no anticipan en sus formas la historia de los hombres
Si los colores del río no figuran en los diseños del Dios de las aguas
Si no remiendas con tus manos de astromelias las comisuras de mi alma
Si mis amigos no son una legión de ángeles clandestinos

Qué será de mí.

Raúl Gómez Jattin

Soy mujer. Y un entrañable calor me abriga cuando el mundo me golpea. Es el calor de las otras mujeres, de aquellas que hicieron de la vida este rincón sensible, luchador, de piel suave y corazón guerrero.

Alejandra Pizarnik

Tabla de contenido

Resumen	5
Abstract	6
Introducción	7
¿Por qué la calle?.....	7
El proceso	10
Estructura del texto.....	15
1 La calle	18
1.1 Maneras de nombrar a quienes se enuncian desde la calle: “Uno tiene que estar llevado para que lo reciban allá”	18
1.2 La calle: “la rebautizo odio”	26
2 Ruedas, perico, pepas, crespa y sangre	44
2.1 Capitalismo Gore.....	44
2.2 Medellín, una ciudad construida sobre el narcotráfico.....	48
2.2.1 Narcotráfico: consolidación del terror y creación del narco-estado	48
2.2.2 Microtráfico: de exportadores a consumidores.....	53
2.2.3 El tráfico de drogas en territorios necropolíticos	56
2.3 “¿Cómo putas logra este ilegal e incompredido polvo ser lo único que comprende mi existencia?”: drogas y cuerpos callejeros	58
2.3.1 Habitar el terror: “a mí nadie se ha atrevido a fumarme”	60
2.3.2 Habitar el dolor: “ya vengo, voy a aliviarme”	63
3 “Nuestro espíritu feminista rejuvenece al mundo fatigado”	74
3.1 “Callejeras, brujas indomables”	75
4 Conclusiones	84
Referencias	89

Resumen

Las siguientes páginas presentan una reflexión sobre la relación que existe entre los comúnmente llamados habitantes de calle y la construcción de Medellín como una ciudad necropolítica y narcotraficante.

El texto parte de la idea de que la existencia de estos sujetos no es accidental, sino que se corresponde con la episteme y las prácticas de una ciudad construida para la muerte, desde esta premisa hace un cuestionamiento de la categoría habitante de calle por ser reduccionista y estigmatizante, proponiendo en contraposición el término callejeros; y realiza una lectura de la calle como un fenómeno particular y un territorio necropolítico indisolublemente ligado a las subjetividades callejeras. Además, continuando con la idea de la necropolítica analiza la relación entre el narcotráfico y las existencias callejeras, afirmando que este es una herramienta del capitalismo gore que desvaloriza la vida y pone los cuerpos a su servicio. Finalmente, este trabajo pone en diálogo los análisis mencionados, con las reflexiones surgidas desde la experiencia de una colectiva feminista en la que participan mujeres callejeras.

Palabras clave: habitantes de calle, callejeros, centro de Medellín, calle, necropolítica, capitalismo gore, narcotráfico, microtráfico

Abstract

The following pages present a reflection about relationship between what are commonly called homeless and the construction of Medellín as a necropolitical and drug-trafficking city. The text is based on the idea that the existence of these subjects is not accidental, but corresponds to the episteme and practices of a city built for death, from this premise it questions the category of homeless for being reductionist and stigmatizing, proposing in contrast the term street people; and performs a reading of the street as a particular phenomenon and a necropolitical territory indissolubly linked to street subjectivities. In addition, continuing with the idea of necropolitics, it analyzes the relationship between drug trafficking and street existence, affirming that this is a tool of gore capitalism that devalues life and puts bodies at its service. Finally, this work puts in dialogue the above-mentioned analyses in dialogue with the reflections arising from the experience of a feminist collective in which street women participate.

Keywords: homeless, street people, Medellín, street, necropolitics, gore capitalism, drug trafficking, microtrafficking.

Introducción

La diferencia entre usted y yo es medio paisaje, lo que usted deja ver y lo que oculta, contra lo que yo dejo ver y lo que oculto. Usted está bañado, limpio y yo no. A usted le da vergüenza, a mí no. Usted va de afán, yo no. Yo sé cómo se ríe usted, yo conozco el mecanismo profundo que mueve su alegría. Yo también lo tengo. Yo también miro un árbol o una calle y los pongo en movimiento (Habitante de calle, Citado en Sánchez, 1992)

¿Por qué la calle?

Aunque fue estando en la universidad, que intenté nombrar, y pensar con cierta rigurosidad, la habitanza en calle, la curiosidad por las personas callejeras me ha habitado desde niña. Me recuerdo observando desde la ventana de un taxi que transitaba por la Bayadera a seres de movimientos excéntricos y me resuenan las palabras de mi abuelo que cuando le pregunté “¿ellos por qué viven así?” me dijo, “por no querer estudiar, ni hacerle caso a la mamá”. También tengo el recuerdo de tratar de bajar la velocidad de los pasos de mi madre mientras caminábamos cogidas de la mano, para ver con más detalle a un hombre que dormía en algún andén y más de cerca me acompaña la imagen mía husmeando las conversaciones de los adultos y enterándome de que a un primo segundo, del que no era muy cercana, pero al que recordaba como un ser extraño y escurridizo, que visitaba a mi tía solo de vez en cuando, lo mataron en un pueblo lejano “por andar de gamín”. No sé qué me dio más terror esa noche, si saber que estaban velando un cuerpo sin vida en una casa cercana y que su alma se levantaría para espantarnos o el que hubiera sido asesinado, lejos, sin una razón aparente; sí, a esa edad ya me habían enseñado que el asesinato puede tener justificación.

La relación entre esas gentes, con hábitos y cuerpos tan diferentes a los que estaba acostumbrada a ver y esos otros “normales” que los miraban con desdén, asco, miedo o compasión, pero nunca con la indiferencia con la que se mira a un simple transeúnte, avivaban una curiosidad infantil que perdura, a veces, la justificaba en la rabia de ver seres desposeídos de todo lo que como sociedad decidimos que debe tenerse para vivir, otras, en la admiración porque aparentemente

habían roto con lo que la gente de bien manda y en ocasiones, me aculpaba por estar cayendo en un morbo disfrazado de empatía.

Mis ojos de niña se consternaban ante la diferencia, pero a la vez intuía que esos seres excéntricos, aun cuando mi abuelo los juzgaba, no estaban tan lejos de él que ha trabajado toda la vida en la calle, tampoco estaban lejos de mi tío el vendedor ambulante, ni de mis primos; los marihuaneros del barrio.

En los inicios del pregrado, esa pregunta me rondaba y me ronda todavía, ¿Cuál es entonces la diferencia entre unos y otros? más que conocer las decisiones individuales, las formas de vida o los motivos en sí que llevaban a alguien a habitar la calle, me interesaba saber por qué en Medellín había tantos sujetos callejeros, qué interés tenía la ciudad en esto, no quería entender solo la habitanza en calle, sino las dinámicas de la ciudad a partir de ella. Intuía que había un interés del poder en crear sujetos marginados de todo, que no eran accidentales ni azarosas sus existencias, sino que de ellas dependía la construcción de la normalidad.

El primer camino que elegí, fue pensar en la modernidad y su construcción de la otredad a partir de un sujeto ideal: racional, pulcro y blanco. Encontré que la diferencia podría estar en la productividad, porque, aunque ambos tipos de sujetos fueran marginales, unos se mantenían productivos y otros no. Pero las teorías sobre la modernidad, aunque me permitían entender una lógica de exclusión y de creación de la diferencia, por abstractas y amplias no me daban posibilidades para comprender más claramente este contexto, entonces, busqué otros caminos.

Posteriormente, al realizar un rastreo bibliográfico sobre la habitanza en calle en Medellín, encontré que, aunque según el último censo realizado por el Dane en el 2019, en la ciudad hay 3214 personas que viven en la calle, lo que equivale a un 14,10% del total de la población en las principales ciudades del país, ubicándose como la tercera ciudad con más personas habitantes de calle, existen pocos estudios antropológicos al respecto, hallé solo tres: Los gamines de la Minorista: análisis socio alimentario de la situación de calle en Medellín a partir de un estudio de caso, tesis de pregrado de Efrey Mendoza (2019), que pretende indagar sobre la alimentación de los habitantes de calle de dos sectores de Medellín teniendo en cuenta que está determinada por el consumo de sustancias psicoactivas, la precariedad y la oferta de los sectores en los que se encuentran. El trabajo de grado como antropóloga de Manuela Hoyos, que hace un texto con un matiz muy narrativo/literario, en el que partiendo su experiencia como investigadora, las sensaciones que atravesaron su cuerpo con el acercamiento a personas habitantes de calle, afirma

que estos sujetos por salirse de lo normalidad en cuerpo y prácticas, son constituidos socialmente como monstruos, refiriéndose con esto a lo diferente, anormal, dañino, desviado e indeseado. Por último, Alejandra Valencia, en su tesis de maestría titulada *La violencia no siempre es violencia una mirada desde los y las niñas con experiencia de vida en la calle* (2009), realiza una investigación sobre el significado que tiene la violencia para los niños habitantes de calle y reflexiona respecto al papel de las instituciones, que se ha reducido a lo coercitivo y punitivo, dejando a un lado lo educativo.

Aunque otros campos del conocimiento han estudiado más el tema – principalmente el trabajo social y el área de salud pública- se han concentrado sobre todo en aportar a los procesos de resocialización, e indagar sobre: las causas por las que las personas deciden vivir en la calle, la relación de los habitantes de calle con los centros de rehabilitación, los medios materiales de supervivencia y de organización social y la procedencia de esta población, pero poco se ha hablado respecto al vínculo entre el microtráfico y la habitancia en calle. Entonces, inicié a preguntarme por dicha relación, no solo por el vacío que encontré, ni por la condición generalizada de farmacodependencia y el rol de consumidores y vendedores de los habitantes de calle, sino también porque las dinámicas que genera este negocio son constitutivas de la ciudad, en lo económico, lo político y lo cultural e influyen tanto en las decisiones institucionales y el modelo de ciudad, como en las construcciones territoriales y la cotidianidad de los sujetos.

Sin embargo, mientras hacía campo fui dimensionando la complejidad del contexto y comprendiendo que, por un lado, aunque el microtráfico es fundamental para entender la magnitud de la habitancia en calle en Medellín, hay múltiples e intrincados fenómenos no jerarquizables que inciden en esta, por otro, que la mezcla de indignación, admiración y culpa que sentía al pensar en sujetos callejeros, tenía razón de ser, pues la contradicción impera allí, la calle sabe ser cruda y vital al mismo tiempo y con toda la fuerza. También en campo reafirmé que esos otros, muy otros, no son tan lejanos de mí, ni de muchos, que aun con todas las rupturas, la línea que separa a unos y otros, es demasiado frágil, que los une la sombra de una ciudad construida bajo la lógica de la muerte y el exterminio de los seres que la habitan.

La complejidad de las historias y de los hechos que ocurren en la calle, la violencia que transversaliza todas las vidas y la manera en la que los sujetos la encarnan, me abrumó, me sentí imposibilitada para narrar y explicar las contradicciones de las que estaba siendo testigo y aún más para hablar de las personas. Buscaba teorías, conceptos y relatos que me ayudaran a entender y

nombrar el fenómeno sin culpar a los sujetos ni negar sus voluntades; a hilar una causa con otra y discernir un poco las contradicciones, a poner en palabras el terror y explicar su relación con las estructuras de opresión.

Por todo lo anterior, lo que encontrarán en las siguientes páginas más que una afirmación, son las reflexiones y los sentires provocados por una pregunta que ha ido mutando con el tiempo y por mi experiencia en la calle, como transeúnte que de un tiempo para acá observa con un interés específico y como investigadora que trata de entender y entenderse en la ciudad que ha habitado siempre.

El proceso

Las inquietudes vienen de muy atrás y la indagación desde hace más o menos 4 años, pero el trabajo de campo de esta investigación en concreto lo inicié en el 2020, concentrándome en tres puntos del centro de la ciudad, pues la zona donde más personas callejeras habitan: la zona que queda detrás del museo de Antioquia entre los límites aproximados de la Avenida Cundinamarca con la carrera 55 y la Avenida de Greiff con la calle 56; en Niquitao o Barrio Colón y en la zona del borde del río Medellín entre el puente Horacio Toro y la avenida Colombia. Sin embargo, algunas reflexiones toman como referencia, experiencias que no corresponden a estos lugares, pero sí al centro.

Aunque llevaba algunos años buscando acercarme a personas callejeras - por medio de caminatas que solía hacer- al momento de iniciar el trabajo de campo, fue difícil encontrar espacios y metodologías por varias razones: la violencia de los lugares habitados por personas callejeras y el estigma que recae sobre aquellos, sumado a sus dinámicas criminales que convierten a cualquier extraño en una amenaza, hacían que me diera temor acercarme, además, muchas de las personas que habitan la calle están en movimiento constante o son recelosas ante el contacto con otros, lo que dificultaba entablar vínculos. Pero no solo el ser forastera obstaculizaba el trabajo de campo, también mi condición de mujer, pues las lógicas patriarcales exacerbadas en la calle me ponían ante una sexualización e inferiorización constante y un permanente riesgo de acoso y abuso.

Inicialmente, un estrategia que intenté usar para sentirme segura de acceder a lugares como la Avenida de Greiff o el Río, fue participar en recorridos programados por fundaciones que

reparten comida en el centro, pero desistí de esto porque me encontré con escenas que me parecieron violentas y reprochables, como el ver que muchos de los que estaban en el recorrido iban con el único propósito de excusarse con un gesto, aunque miraran con repudio a quienes estaban en el suelo y manifestaran sentirse asqueados con sus presencias, o que varios de los asistentes pagaban a los callejeros por tomarse una foto para subir a sus redes y otros alardeaban de como derrocharían su dinero en compras inútiles al día siguiente, mientras veían el hambre ante sus ojos. Además, sentía que las formas de ejecutar los recorridos, aunque me permitían observar el contexto, no dejaban que entablara conversaciones un poco sinceras y profundas con quienes vivían allí.

Un tiempo después, me uní a una corporación que trabaja en pro de personas en situación de calle por medio de diferentes enfoques (académico, periodístico, jurídico y de intervención social) con ellos participé en algunas actividades como cineforos en hoteles habilitados por la alcaldía para hospedar a personas en proceso de resocialización, talleres en el puente Horacio Toro y reuniones académicas. Aunque la corporación tiene una perspectiva ética clara, evita el asistencialismo, realiza un trabajo muy juicioso y desde allí pude hacer algunas lecturas del contexto, el acercamiento al campo por medio de las actividades que programaban me parecía muy limitado en cuanto al tiempo y a la posibilidad de entablar conversaciones individuales, pues las actividades eran esporádicas (debido a las restricciones de la pandemia) y en grupos muy grandes que no permitían la interacción más personal. Además, no me sentí completamente a gusto en el espacio porque la organización interna estaba atravesada por jerarquías muy marcadas que me incomodaban, no había un cuestionamiento a las conductas machistas y clasistas y el trabajo que realizaban, pese a trascender las lógicas asistencialistas comunes en las colectividades que se enfocan en esta población, no procuraba una construcción colectiva y horizontal.

También me molestó de la corporación, el encontrarme con que a pesar del discurso de dignificación que construían, mantuvieran la figura de voluntario que se refería a personas que no llevaban un proceso en los territorios, ni eran parte de la corporación pero podían ir a las actividades o recorridos a tener la experiencia de habitar ese espacio e interactuar con quienes lo habitan, esto me genera conflictos porque aunque reconozco que muchos de quienes lo hacen tienen intenciones inofensivas de conocer un contexto y tal vez estos espacios permiten romper un poco con el estigma - lo cual es uno de los objetivos de la corporación; también es cierto que hacer recorridos con un montón de gente distinta cada tanto, en lugares que son casa para muchas personas, además, sin su

consentimiento y en plan de “vivir una nueva experiencia”, puede resultar violento y convertirse en una suerte de turismo.

En relación con lo anterior, me parece importante mencionar que en el centro de Medellín operan varias fundaciones, corporaciones y colectividades que brindan servicios de alimentación, salud, recreación y acercamiento de oportunidades laborales y de resocialización para personas en situación de calle, estos se enfocan en el asistencialismo o en la intervención social puntual en el área que les compete, pero no hay colectivos ni iniciativas que busquen construir procesos sociales de denuncia y transformación, de la mano con las personas que habitan el territorio, asumiéndolos como sujetos políticos con capacidad de acción y decisión y no solo como personas carentes. Esto se debe en parte a que por sus problemáticas agudizadas es un contexto muy difícil y riesgoso para la construcción colectiva y el acercamiento de foráneos, pero también a la falta de interés tanto del movimiento social como de la academia, pues en estos ámbitos sigue siendo generalizada la idea de la calle como un espacio muerto y de tránsito que es la añadidura o el resultado de otros fenómenos y territorios, más no se lee como un contexto en sí mismo con sus particularidades, también quienes la habitan son reducidos al estigma, la victimización y la patologización.

Durante agosto de 2020, en medio de mi búsqueda de herramientas para realizar el trabajo de campo, una amiga me invitó a asistir a los encuentros que estaban realizando un grupo de mujeres en Barrio Colón o Niquitao, con el propósito de convocar a mujeres callejeras para trabajar derechos sexuales y reproductivos y violencias basadas en género. Gracias a esto encontré los dos espacios en los que realicé casi todo mi trabajo de campo: La Corporación Surgir y la Colectiva Feminista Callejeras.

Surgir, es una corporación que lleva más de 50 años trabajando en la prevención del consumo de sustancias psicoactivas y prestando servicios psicosociales a poblaciones vulnerables en el país. Me enteré de su trabajo por medio de Daniela - una integrante del grupo de mujeres del que hablé anteriormente- que trabaja como enfermera en el programa Centro de escucha en la comuna 10, programa de la corporación, que pretende fomentar el acompañamiento institucional y comunitario a personas en riesgo o excluidas por el consumo de drogas, por medio del acercamiento de oportunidades para cubrir necesidades básicas o de tratamientos para dejar el consumo y de la capacitación en cuanto a reducción de daños y riesgos. Vincularme a esta estrategia de Surgir, me permitiría conocer gente fácilmente y crear vínculos menos efímeros con los usuarios del proyecto, por lo que me uní como voluntaria y asistía con ellos dos veces por semana al centro, una vez a la

zona ubicada detrás del Museo de Antioquia y otra al punto que queda al borde del río Medellín entre el puente Horacio Toro y la Avenida Colombia.

El centro de escucha tiene como metodología en campo, ubicar un puesto de atención en enfermería y psicología una vez por semana en el mismo punto del centro de la ciudad, también, en este les brindan a las personas consumidoras de drogas capacitación y elementos para la reducción de riesgos tales como jeringas, alcohol, condones, kits de aseo y pipas. Gracias a su trayectoria y al trabajo comprometido y afectuoso de quienes lo ejecutan, el programa es muy apreciado por los habitantes del sector, tiene reconocimiento y respeto incluso de los actores ilegales y el vínculo entre los gestores y los usuarios es amistoso y de mucha confianza, esto me hacía sentir segura de habitar el espacio y tranquila de entablar conversaciones íntimas y respetuosas con sujetos callejeros, además, me permitía mantener relaciones en el tiempo y conocer el contexto con cierta profundidad.

La estrategia de Surgir de la que hablo, tiene un trabajo muy valioso en el territorio, porque además de enfocarse en la reducción de daños y riesgo, lo cual es muy escaso y necesario en la ciudad para trascender la patologización y criminalización y tener un impacto certero en las vidas de los consumidoras, el programa trasciende el asistencialismo, se esmera por conocer el territorio a profundidad y crear estrategias contextualizadas a partir de los testimonios y las propuestas de los sujetos a los que se dirige y procura entablar vínculos sinceros y amorosos con los sujetos beneficiados.

Quienes se acercan al Centro de Escucha son casi siempre hombres y mujeres entre los 20 y los 40 años, casi todos viven en la calle y tienen un consumo problemático de drogas, sobre todo heroína, sacol, alcohol y basuco, en su mayoría son oriundos de Medellín o han crecido en la ciudad, pero otros han migrado de varias ciudades del país y unos pocos - que van en aumento- han llegado desde Venezuela en los últimos 5 años. Por tanto, estas serán las características generales de la población a la que me referiré principalmente.

El otro espacio por medio del cual realicé el trabajo de campo, surgió del grupo de mujeres del que hablé antes. Al inicio asistíamos de manera intermitente 12 personas a dinamizar los talleres en Niquitao y no había una colectividad fija, ni unos propósitos muy definidos, con el tiempo se fue consolidando un grupo de 7 mujeres que tejimos afectos y confianzas y empezamos a asentar objetivos, crear metodologías y definir formas de organización, aunque no estaba en nuestras proyecciones una colectiva, esta fue surgiendo de manera muy orgánica e inesperada, pasados los

meses reconocimos nuestra juntanza como Colectiva Feminista Callejeras y delimitamos propósitos y maneras de hacer.

En lo que va de la colectiva, que es un año y algunos meses, nos hemos construido como una organización anti patriarcal que parte de un relacionamiento no jerárquico y una reivindicación de los afectos y el cuidado como una postura política desde la cual pretendemos crear colectividad y redes de cuidado y sororidad entre mujeres callejeras. Además, nos desligamos de las formas de intervención social e investigación con población callejera, en las que se homogeniza y eliminan las subjetividades, para apuntarle a una construcción comunitaria y popular desde las márgenes, transversalizada por una perspectiva feminista.

Pese a que al inicio de esta investigación relegaba las vivencias con Callejeras solo a una apuesta política personal y justificándome en que mi pregunta no estaba enfocada en cuestiones de género, no las consideraba parte central de este trabajo; el devenir del hacer en campo y de mis sentires, me llevó a darles un lugar importante en esta investigación, pues comprendí que el patriarcado juega un papel fundamental en la construcción de la calle como espacio necropolítico y obliga a los sujetos a vivir de manera diferenciada este territorio según su género. Además, los vínculos profundos que hilé con las callejeras me llevaron a reflexiones, confrontaciones y preguntas que considero importantes de narrar en este texto.

En promedio a cada encuentro de la colectiva en Niquitao asisten 10 mujeres callejeras entre los 22 y los 45 años, pero estas cifras son muy fluctuantes porque la asistencia de casi todas es intermitente. Son cuatro las callejeras que hacen parte constante del proceso desde el inicio hasta hoy, ellas son: Lina que tiene 35 años, Leidy con 32, Astrid que acaba de cumplir los 41 y Doña luz que está a punto de cumplir los 80, por tanto, me enfocaré en sus historias, aunque en momentos tomaré como referencia a mujeres que me he encontrado en el camino y no hacen parte de proceso.

Pero no solo fue complicado encontrar un espacio por medio del cual hacer el trabajo de campo, también lo fue elegir métodos pertinentes de investigación. Hacer entrevistas sin ir en representación de ninguna organización o colectivo me parecía, además de inseguro, incomodo y poco apto para generar confianzas con las personas; de igual modo intentar ejecutar otras herramientas de investigación colectiva tampoco era posible por las condiciones físicas y de organización de los territorios. Afortunadamente, Surgir ya contaba con un reconocimiento en los lugares y estrategias de intervención claras y en Callejeras fuimos construyendo caminos y formas

de hacer, por lo que, los métodos de investigación de este trabajo se adaptaron a las metodologías de ambos grupos.

Como mencioné, en mi acompañamiento a la corporación, asistía al Centro de Escucha, en el cual había una dinámica muy amistosa entre gestores y habitantes de las zonas, las entrevistas no estaban dentro de sus metodologías, entonces, para no generar rupturas, no recurrí a ellas (a excepción de una ocasión en la que era pertinente), mi investigación allí se dio por medio de: observación, conversaciones informales que registraba de manera muy fiel en mis diarios de campo al llegar a casa, caminatas por los territorios y participando en un taller organizado por Surgir al que asistían personas callejeras, vecinos de los sectores y funcionarios públicos, este tenía como propósito reducir el estigma y trabajar en la construcción de un prototipo de pipa adaptada a las necesidades de los consumidores de basuco.

Respecto a la Colectiva, la investigación en campo no fue solo mi labor, todo lo que pude observar, crear y aprender, fue un resultado colectivo. Durante el 2020, nos concentramos en trabajar el reconocimiento del cuerpo como territorio, inicialmente realizamos cartografías corporales y territoriales y con base en las necesidades evidenciadas, nos enfocamos en el tema de los derechos sexuales, reproductivos y menstruales, trabajándolos por medio de diversas actividades como talleres de escritura, círculos de la palabra, creación de manualidades, rituales de sanación. Partiendo de la experiencia del año anterior, en el primer semestre del 2021, nos enfocamos en identificar las violencias que vivimos las mujeres y en reconocer la importancia de las redes entre nosotras, para esto propiciamos espacios de diálogo, realizamos actividades teatrales, compartires de memorias y principalmente talleres de escritura. Estas metodologías me permitieron hacer un panorama amplio del contexto e indagar en temas particulares de una manera muy tranquila y cómoda, pero lo más valioso que me brindaron, fueron los vínculos afectivos con las callejeras, que dieron lugar a conversaciones muy íntimas y al reconocimiento de la otra con todos sus matices, desde el sentir.

Estructura del texto

En medio de la búsqueda de teorías, conceptos y herramientas que además de ayudarme a entender lo que estaba presenciando; el dolor, la violencia y las vidas que continuaban a pesar de

todo esto, me permitieran anudar el fenómeno con las estructuras de poder interesadas en mantener la miseria, hilar causas entre sí y discernir las contradicciones; me encontré con los conceptos necropolítica y capitalismo Gore.

Necropolítica, es el termino usado por el filósofo camerunés Achille Mbembe (2011), para referirse a la política que tiene sus inicios con la colonización europea y se consolida desde la modernidad tardía, como el ejercicio de decidir quién debe morir y quien puede vivir, por medio de la creación de contextos que permanecen en un estado de excepción constante, en los que se instrumentaliza la existencia humana y se crea un enemigo para justificar la violencia continua. Este concepto me permite ligar las violencias y estructuras de poder que se viven en la calle con la configuración de la ciudad y entender la vida en la calle y la violencia y el dolor que recae sobre los cuerpos que la habitan, como un fenómeno en el que se entrecruzan múltiples causas, que hacen parte de la estructura social con episteme y prácticas necropolíticas.

Por otro lado, con la idea de capitalismo gore que sigue un modo de análisis similar al de Mbembe, la teórica y poeta mexicana, Sayak Valencia, partiendo del caso de la frontera en Tijuana, explica lo que considera es una nueva fase del capitalismo, en la que hay una violencia exacerbada y el ejercicio de esta es la única posibilidad de supervivencia y la única herramienta que tienen los sujetos marginales para alcanzar los ideales de impuestos por el capitalismo en su modelo neoliberal.

Transversalizado por estos dos conceptos que iré desarrollando en el transcurso del texto, este trabajo estará dividido en tres capítulos así:

El primer capítulo, problematizaré la categoría habitante de calle, porque además de borrar las subjetividades y ser determinista en cuanto construye un grupo poblacional partiendo de una sola característica de vida, en la realidad la línea entre ser habitante de calle y no serlo, es muy difusa. Además, partiendo del concepto de necropolítica reflexionaré sobre la necesidad de pensar la calle como un contexto que condensan las problemáticas más agudas de la ciudad y en el que a partir de ellas surgen unas dinámicas específicas, en las cuales están inmersos quienes hacen de la calle su lugar de enunciación.

En el segundo capítulo, bajo la premisa de que, tanto el Estado como el microtráfico, son actores que interfieren considerablemente en las vidas de quienes habitan la calle y que entre estos dos existe una relación económica y política en la que se desdibujan los límites entre legal/ilegal, estatal/ no estatal, en este segundo capítulo, reflexionaré sobre dicha relación, bajo la lupa del

concepto de capitalismo gore, que me permite entenderlos en el marco de una episteme y unas relaciones de poder globales que configuran subjetividades. Además, analizaré los roles que ocupan los habitantes de calle con los que interactué, en el microtráfico, que pasan por una actividad económica, pero también por una configuración del cuerpo, que los sitúa en el dolor y la vulnerabilidad constante.

Finalmente, el tercer capítulo tendrá un carácter distinto a los anteriores, este no se concentrará en realizar un análisis teórico, ni en ahondar en temas de género, sino que, desde mi sentir, contará un poco sobre las experiencias y las reflexiones nacidas desde la trayectoria de la Colectiva Feminista Callejeras; en relación con el ser mujer callejera.

1 La calle

1.1 Maneras de nombrar a quienes se enuncian desde la calle: “Uno tiene que estar llevado para que lo reciban allá”.

Las maneras de nombrar a quienes habitan la calle han ido cambiando en la medida en que los contextos y los discursos mutan. En un primer momento, a inicios del siglo XX, se acuñó el término gamines, para referirse a las niñas y niños generalmente huérfanos o abandonados, que pasaban los días en la calle, pidiendo dinero, vendiendo o robando en manadas. Esta población aumentó sobre todo en la capital del país, hasta llegar a ser muy numerosa en la década de los 70 y 80 del siglo pasado, cuando se consideraba un problema social urgente porque conllevaba delincuencia e inseguridad, dañaba la imagen de la ciudad, ponía en situaciones vulnerables a los niños que lo vivían, y generaban descontento en la ciudadanía. La antropóloga Ximena Pachón y la socióloga Cecilia Muñoz (1991), quienes realizaron una investigación etnográfica de dos años de trabajo de campo, tratando de entender y reconstruir las maneras en que se organizaban las “galladas” o grupos de gamines y las causas de su situación, lo describen como un sinnúmero de niños hambrientos, limosneros y adoloridos, que llenan el espacio público, conviviendo en grupos de 3 y 5 y representando la miseria.

Los trabajos sobre el gaminismo, se hicieron en los 70 y 80 del siglo XX que fue cuando el fenómeno estuvo en auge, los investigadores se concentraban en describir formas de vida y recopilar narraciones de los niños de una manera muy etnográfica. Paralelo al aumento de gamines, tomaron fuerza las acciones civiles, de comunidades religiosas, de sindicatos y gubernamentales que atendían con refugios, donaciones de alimentos y acompañamientos psicosociales a los niños en calle, esto ayudó a que disminuyera la dimensión de la problemática y fuera menos común ver a las galladas. Por tales cambios en el contexto, a partir de los 90, la producción académica al respecto también cambió, el término empezó a ser utilizado además para referirse a adultos que habitan la calle, aunque con menos frecuencia y con la misma carga displicente. (Pachón & Muñoz, 1991)

Otra categoría común para nombrar a quien construye su vida en la calle es indigente, esta es usada por las personas cotidianamente, porque la consideran menos violenta que desechables y gamines, sin embargo, no es precisa y adecuada para nombrar a estos sujetos, porque de manera

estricta el término hace referencia a aquellas personas que no cuentan con los recursos económicos y materiales para suplir sus necesidades básicas, lo que no implica necesariamente que hagan de la calle su espacio de residencia, ni tampoco es cierto que todo el que vive en la calle está ahí por un motivo económico. (Correa, 2007)

Pese a la fuerza que tiene el término en el imaginario colectivo, desde la academia no ha sido tan utilizado, tal vez porque además de sus limitaciones conceptuales, sigue teniendo una carga de desprecio y discriminación, los trabajos encontrados con base en ella son testimoniales, escritos desde el periodismo, la literatura y solo uno desde las ciencias sociales. La categoría indigente, es imprecisa al momento de hablar sobre personas con habitanza en calle, porque genera un reduccionismo económico, borrando todas las otras motivaciones y omitiendo las formas de vida que se van construyendo en estos contextos y en definitiva simplifica el fenómeno camuflándolo en un caso de pobreza extrema.

Habitante de calle, fue la categoría que inicialmente consideré más pertinente para esta investigación porque, a diferencia de indigente, no parte de una causa, sino de la condición de sujetos que hacen de la calle su hogar, dejando abierta la posibilidad para que cada quien dote de significados, maneras y razones dicha forma de vida. Además- aunque claro está que se podría utilizar eufemísticamente- en sí misma no tiene un matiz despectivo.

Sin embargo, durante el trabajo de campo me alejé de la categoría, por varios motivos. Aunque el término surge desde acciones no gubernamentales para incidir en una población diversa que desarrollaba casi toda su vida en el espacio público y en su construcción se reconocen unas subjetividades particulares que agencian sus vidas, lo cual puede evidenciarse en la siguiente definición:

Aquel grupo de personas que, sin distingo de edad, sexo, raza, estado civil, condición mental u oficio, viven en la calle permanentemente o por períodos prolongados y con ella establece una estrecha relación de pertenencia e identidad, haciendo de la vida de la calle una “opción” temporal o permanente, en contexto de la racionalidad y dinámica sociocultural que le es propia. (Herrera, 1995, citado por Rincón, 2018.p.20)

Fue la institucionalidad quien condensó la categoría y a partir de ella construyó un sujeto imaginario con el cual decide sobre las vidas de muchas personas. El primer paso legal para la consolidación del término fue la constitución de 1991 en la que se cambió la denominación vago-indigente, por habitante de calle, pero fue apenas en el 2013 con decisiones de la corte

constitucional que los reconoció como sujetos de especial protección y con la ley 1641 que establece los lineamientos para la creación de una política pública para la habitanza en calle, que se construyó un sujeto jurídico con una definición precisa: “Persona sin distinción de sexo, raza o edad, que hace de la calle su lugar de habitación, ya sea de forma permanente o transitoria y que ha roto vínculos con su entorno familiar” (Ley 1641 de 2013). Esta definición se diferenciaba de la del proyecto de ley que planteaba “Toda persona que no reside en una vivienda prototípica de manera permanente por un espacio mínimo de 30 días» (Colombia, 2010, Proyecto de ley 006).

Mientras que en la categoría del proyecto de ley cabían las personas que permanecían en las ollas de vicio, por referirse a vivienda no prototípica, en la definición de la ley, estos sujetos no encajaban, aun cuando eran la mayoría de los sujetos callejeros, sin embargo, esto no representó un problema, porque antes de que esta entrara en vigencia, fueron desmanteladas las ollas de la ciudad de Medellín con operativos policiales, acomodando así la realidad a la norma, ya que, quienes antes pasaban los días en casas que funcionaban como expendios y zonas de consumo de drogas (viviendas no prototípicas), empezaron a habitar con más frecuencia las calles en las que además se montaron las plazas de vicio ante los ojos de todos (Pelaez, 2018)

Vale decir, su encuadramiento como habitantes de calle no obedeció a un procedimiento que atendiera consideraciones legales de política pública o sus condiciones especiales de protección como lo manda el artículo 13 constitucional, sino a un operativo de fuerza estatal que los tiró a la calle en masa, instrumentalizándolos como un golpe al narcotráfico y conduciéndolos por un viacrucis de persecución y opresión que los determinó a vivir sometidos al teatro público del combate a las drogas mientras estas se comercializaban públicamente, desde entonces y con más fuerza en las calles de la avenida Greiff y Zea, la manga minorista y el río Medellín bajo la dominación y la nueva estructura de la «plaza de vicio de la Candelaria» (p. 5)

El contexto en el que surge la categoría y su vínculo con el intento por desmantelar las ollas de vicio, ya da luces de que, más que una herramienta para responder a las necesidades de quienes encarnan el fenómeno, es una estrategia de gubernamentalidad y control de la población según las necesidades del estado y de los planes de ciudad, pues no se crearon unos lineamientos para atender a la población existente, sino que se configuró el sujeto jurídico y se acomodó, de manera coercitiva la realidad a este. Esto se puede corroborar con los procesos de gentrificación que posteriormente al desmantelamiento de las ollas, se dieron en la zona de la minorista y la avenida

de Greiff, que fueron los puntos de mayor concentración de población callejera. Además, el desinterés en la población se hace claro en una política pública que le apuesta a los procesos de resocialización y por tanto a la eliminación de una forma de vida, más que a la dignificación del habitar la calle.

Si la definición textual es limitante, la manera en que se ejecutan los programas de atención, con base en tal categoría, lo es aún más. Para que una persona pueda acceder al trato diferenciado que le otorga la constitución, por medio de los programas estatales que brindan servicios de resocialización o acceso a comida, jornadas de salud y baños públicos, debe hacer parte del sistema de habitantes de calle, el trámite para lograr esto es ir a una sede de Centro día a inscribirse, pero no basta con que el interesado se declare habitante de calle, sino que debe demostrar que lleva 6 meses en dicha condición. Al respecto Brayan, un joven de aproximadamente 25 años, que no quiso migrar con su familia a Ibagué, ni tenía empleo para pagar una vivienda, por lo que llevaba varios meses durmiendo a la intemperie, aguantando hambre y protegiéndose de las Convivir, me dice: “yo fui al centro día para que me ayudarán, pero me dijeron que yo estaba muy bien y que además no consumo, allá lo tienen que ver a uno llevado para que lo reciban” (Diarios de campo, 2020). ¿Cómo demuestra alguien qué es habitante de calle, hay que medirle la mugre, las puñaladas o la cantidad de basuco que consume por día? Los requisitos que exige el centro día acceder a sus servicios, además de estigmatizantes, porque asumen que quien habita la calle diariamente debe tener un cuerpo y una estética deteriorada o ser consumidor de drogas, son violentos, porque ponen en riesgo la vida, para ser aceptados en su burocracia, los sujetos deben afrontar durante seis meses la calle con todos los peligros y dolores que esta implica, el programa no cuenta con una atención de emergencia y prevención.

La categoría, a la par que determina quién es habitante de calle, define quién no lo es y por ende quién tiene el derecho a recibir ayudas básicas como un techo, comida o servicios de salud y esto más allá de sus ambigüedades teóricas, tiene consecuencias en las vidas de las personas. Lo que sucedió con Claudia en la siguiente historia, también da cuenta de esto:

Invité a Claudia -una mujer de 24 años, que nos ayudó entusiasmada con la distribución de 200 platos, durante una jornada de Surgir- a que asistiera a los encuentros de Callejeras porque asumí que vivía en la calle, ante mi propuesta y tal vez por dolor o vergüenza de saberse en una condición de total despojo, salieron sus lágrimas mientras me decía entre dientes “es que me tengo que quedar sola en el centro”, el hombre con el que vivía la echó

de la casa porque sospechaba que le robó 20.000 pesos, su familia no quería verla y ella llevaba dos noches durmiendo en la calle, bañándose con el agua que le regalaban en una bomba de gasolina y sin ningún abrigo porque la habían amenazado con una navaja para robarle la cobija. Sara y yo tratamos de consolarla y sin mucha esperanza porque eran las 5 de la tarde, buscamos un hogar de paso, primero llamando a la línea Mujer 123, donde nos dijeron que sólo prestaban servicio psicológico, después a la línea social, la respuesta fue que sólo disponían de ayudas para familias habitantes de calle, consumidores y mujeres en riesgo de feminicidio, como última opción llamamos a Ciudad Albergue, pero no podían recibirla sin antes entrevistarla y ya no había citas disponibles. El caso de Claudia no era digno de ser atendido, ¿si fuera adicta a alguna droga o su marido hubiera decidido perseguirla para matarla por sus sospechas de robo, podría sentirse más afortunada porque tendría un techo y comida?. (Diarios de campo, 2020)

Claudia, al igual que Brayan, no cabía dentro de la categoría habitante de calle, por tanto, no era bienvenida en el centro día, ambos, al parecer tenían que pasar la prueba de sobrevivir 6 meses a la intemperie para tener derecho a la asistencia estatal que requerían.

Otro asunto por el que me distancio de la categoría es que parte de una sola condición de vida para agrupar y determinar a un conjunto de personas muy diversas, aunque es cierto que el hecho de permanecer la mayor parte del tiempo en la calle o desenvolver toda la vida allí, tiene consecuencias sobre muchos otros aspectos en la vida de un individuo, hacer énfasis en tal condición por un lado, minimiza las subjetividades y las reduce a una sola característica y por el otro hace parecer que el problema o la causa principal de las vulneraciones que viven las personas callejeras es su decisión o condición de no vivir en una casa, cuando hay muchos otros fenómenos y actores que los vulneran, el problema no es solo que una persona viva en la calle, sino el tipo de calle en la que vive. Todos deberíamos tener la posibilidad de habitar una casa en condiciones dignas, pero a la vez, todos deberíamos tener posibilidad de no vivir en una y seguir siendo tratados con dignidad.

También difiero del término habitante de calle, porque genera una ilusión de separación tajante entre quien habita una vivienda convencional y quien no, y crea una jerarquía en la que vivir en la calle parecer ser la condición de vulnerabilidad más grande, cuando en realidad tal división no existe y el morar bajo un techo no implica siempre una mejor vida. La categoría con su énfasis en la falta, en la ausencia de casa genera una ilusión de que todos quienes residen en una

están mejor que quienes no, lo cual no es cierto; sí, vivir en la calle es un riesgo, en muchas ocasiones -en casi todas- es indigno y doloroso, muchas veces quien lo vive no lo desea, pero también es verdad que una casa puede ser un infierno. Entre el antes de la calle y la calle hay una historia, casi siempre atravesada por violencia, empobrecimiento, hambre y desencanto por la vida, no es siempre la calle la peor de las posibilidades, es necesario retejer el vínculo entre el antes y el después, la división y jerarquización de los dos estados, genera una falsa ilusión de que la manera de vivir normada y común es la ideal, a la que todos deberíamos apostar, cuando es esa misma manera de vivir la que hace que la vida de una persona callejera pueda ser miserable. Esto se ve reflejado en los motivos por los que varias mujeres afirman haberse ido de sus casa:

L vive en la calle desde los 4 años cuando salió corriendo de su casa después de ver como asesinaban a su padre, nos cuenta que en ese momento se dio cuenta de que ahí había maldad y ella no quería vivir cerca de la maldad. L vive en la calle, pero ya no tiene todos los días cerca a alguien que la apuñale, como antes, cuando vivía en una pieza con su marido.

A huyó del internado hacia la calle porque después de haberla violado, la amenazaron por sospechas que los había acusado con la policía.

Muchas mujeres me han contado que salieron a la calle porque no iban a permitir que sus familiares abusaran más sexualmente de ellas. (Diarios de campo, 2021)

Además de la categoría habitante de calle, de la que he venido hablando, existe otra, acogida por la ley que es habitante en calle, se usa para referirse a las personas que:

hacen de la calle el escenario propio para su supervivencia, alternan el trabajo en la calle, la casa y la escuela, es decir, cuentan con un espacio privado diferente de la calle donde residen, sea la casa de su familia, la habitación de una residencia o un hotel (Suarez & Gongora, 2008)

Con esta división se continúa generando una separación y jerarquización que en la realidad es muy ambigua y que camufla las problemáticas que deben asumir quienes son encasillados como habitantes en calle.

Aunque la diferenciación entre habitante de calle y habitante en calle, sea tan marcada en la norma, en la realidad no es así, una persona puede cambiar de estado de un día para otro, basta con no alcanzar a reunir el dinero para pagar la pieza, lo cual es muy común que suceda. Además, en muchos casos la única diferencia es pagar o no una habitación, pero el control paramilitar sobre sus cuerpos, el hambre, el consumo problemático de sustancias psicoactivas y la represión policial

son las mismas. Las viviendas a las que pueden acceder la mayoría de personas callejeras que viven en el centro y obtienen los recursos para sobrevivir desde la informalidad (venta de dulces, prostitución, mendicidad, robo, etc.) son inquilinatos que en sí mismas representan un riesgo, infraestructuras insalubres y hacinadas, espacios controlados por actores paramilitares o con incidencia de estos, en los que suceden hechos atroces como asesinatos, violaciones, desapariciones, quienes los habitan están en peligro y zozobra constante. Pese a lo anterior, la sola categoría determina a qué programas estatales pueden acceder y a cuáles no y por tanto que tan fácil o difícil es la supervivencia para ellos.

Mientras estamos todas reunidas en la pieza que está pagando hace un semana, como estrategia de protección, después de que el que era su compañero sentimental intentó incendiar su cambuche con ella y su perra adentro, A nos cuenta que en el inquilinato debe cuidarse mucho, porque es común que aparezcan en las habitaciones personas asesinadas y envueltas en el colchón, sus muertes quedan siempre en anonimato y silencio, todo esto lo dice murmurando por temor que la escuche el dueño, el mismo que hizo una excepción para que estuviéramos ahí, porque en el edificio no se pueden recibir visitas, tampoco puede salir nadie después de las 10 de la noche y quien lo haga tiene que pagar una multa de 5.000 pesos, la mitad de lo que cuesta una noche, por tanto quien trabaje jibareando, prostituyéndose o en cualquier labor nocturna, está en desventaja si vive en una pieza.

Contrariadas, entre la emoción porque A ya no vive en la intemperie y parece feliz de tener otro lugar y el desconcierto por sus historias sobre el lugar que habita, vamos donde DL, a sus 80 años vive en una habitación cercana a un expendio de drogas y a un taller, por lo que su espacio huele siempre a gasolina y bazuco y es atropellada durante los allanamientos policiales, tanto, que en alguno de esos un policía decidió verter aguapanela sobre su televisor, desde entonces, no tiene nada que escuchar en casa más que las voces de sus hijas desaparecidas, su voz y la de los 3 animales con los que convive. Ajustando nuestro desconcierto, DL nos cuenta que alguna vez vivió en el inquilinato en el que ahora está A, pero se fue de allí porque un día, no sabe quién, intentó envenenarla, esa tarde llegó hambrienta después de caminar desde Niquitao hasta Sabaneta vendiendo confites, y encontró sobre la nevera un pedazo de torta, justo cuando iba a devorarla, su gato se le tiró furioso encima y de tantos arañazos hizo que arrojara la porción al suelo, el perro aprovechó el descuido y la engulló, murió envenenado. Posterior a esta anécdota repite exactamente

las mismas palabras de Astrid “allá matan a la gente y la envuelven en los colchones”.
(Diarios de campo,2021)

En conclusión, me distancio de la categoría habitantes de calle, porque no tiene correspondencia con la realidad, elimina por completo los matices, las contradicciones y si bien una denominación nunca representará la realidad por completo, hay maneras de acercarse más justas con lo que viven los sujetos, además, la falta de concordancia no es inocente, sino que deriva de y tiene efectos sobre, el uso político que se hace del término, que como lo mencionaba, apunta a unas estrategias de gubernamentalidad, normalización y opacamiento de las causas del fenómeno y de los problemas estructurales.

En concordancia con lo anterior y no como una categoría culminada, sino como una posibilidad para ir buscando y construyendo otros lenguajes, propongo el termino callejerxs, aunque nace como una propuesta conjunta, desde la colectiva feminista Callejeras, para referirnos a las mujeres que habitan la calle desde las diversas formas en que esto es posible y se enuncian desde allí, el termino puede desplazarse sin distinción de género, el propósito no es hacer énfasis en la ausencia de vivienda, sino en la calle como lugar de enunciación, que puede ser experimentado de distintas maneras, bajo diversos roles y en interacción con múltiples actores y fenómenos.

Aunque la categoría puede ser ambigua al no plantear diferenciaciones entre las múltiples formas que existen para habitar la calle, su valor está en que deja abierta la posibilidad para que desde el acercamiento a la realidad y a las particularidades de las personas, se marquen diferencias y vínculos, además pone el énfasis en la calle como contexto, lo que abre una puerta para hacer análisis en los que las responsabilidades no recaigan sobre los sujetos, sino que puedan reconocerse las problemáticas que confluyen en dicho contexto y sus consecuencias sobre quienes lo viven. También es valioso que no busca categorizar y clasificar a un sujeto por un único aspecto de su vida ni crea escalas de valoración entre las formas de existencia y sobre todo considero muy importante el hecho de que no tenga pretensiones de reconducir las vidas de nadie según ideas hegemónicas.

1.2 La calle: “la rebautizo odio”¹

[...] La carretera está desierta. Ningún auto se detiene a ayudarme y tengo ampollas en los pies. Pero me acuesto en el asfalto y miro el cielo tranquilamente. ¡Qué importa si el trayecto desapareció! Si debo mendigar un plato de comida que al fin y al cabo me pertenece. Si el terremoto me desequilibra y debo esquivar los escombros que caen del techo.

Las calles ¡ja! ese cuadro inmóvil. Esa corriente con chatarra y carne uniformada. La mezcla, me la inyecto. Los huesos crujen, la respiración se entrecorta, sangre en el estómago, hambre acida ¡Deja de pensar imbécil! ¡Ríndete! La esperma de tu vela no sirve para la luz. Todo es oscuridad

Pero reposo en la cima de una montaña, y el vacío del firmamento me llena. Pero escucho el susurro de las ramas en el bosque y su caricia me devuelve los matices. Pero me dejo llevar por un río ¡ja! y la orilla no me importa. Tus garabatos impredecibles no bastan. El revólver que tengo en frente no me intimida. ¿Quieres erradicar este cultivo ilícito para sembrar flores imaginarias? Pues dile a tus espectros que quebraré el espejo y vagaré herido. Tendrán que torturarme len-ta-men-te y sin piedad” (Manco², 2010)

Generalmente, la calle es definida en oposición a lo privado, como el espacio en el que se desarrolla lo público, como lugar de confluencia de las individualidades, tránsito y movimiento de la economía. En la definición que da Alguacil (2008):

El espacio público es el lugar donde todo ciudadano tiene derecho a circular, a estar y hacer, contraste con el espacio privado donde el paso, la estancia y la cre-acción están restringidos (...) En consecuencia, el espacio público es aquel espacio de propiedad pública, y de dominio y uso público. (p. 55)

Pese a que, en la definición básica de espacio público, se hace énfasis en la libertad de ser habitado por todos, la construcción del mismo en términos materiales y simbólicos, está en gran

¹ Frase dicha por L una callejera de aproximadamente 35 años, durante una de los talleres de escritura de la Colectiva Callejeras, el cual consistía en resignificar espacios cotidianos y momentos dolorosos, L renombró a la Calle “Odio”

² Poeta callejero

medida determinada por los modelos de intervención estatal, que definen, quien puede habitarlo, quien no, de qué manera y con qué propósito. En una ciudad con un modelo neoliberal de innovación como Medellín el espacio público es privatizado, acoplado a estrictas normas de comportamiento y construido para el disfrute de un ciudadano ideal que es el consumidor y emprendedor, mientras que, con diversas estrategias como los procesos de gentrificación, la represión policial o la estigmatización, se priva de su uso a los sujetos que no caben dentro de tal prototipo (Alvarado, 2015)

En este sentido, La calle ha sido el principal punto de partida para hablar de los sujetos callejeros porque estos la habitan de formas distintas a las normadas, irrumpen la manera establecida socialmente para vivir el espacio público y lo construyen más allá del tránsito y la producción; desde la permanencia, la intimidad y la resignificación. Al respecto Alvarado (2018) dice: “En consecuencia, la presencia del HC en el espacio público produce una molestia generalizada porque impugnan la funcionalidad establecida de la calle como espacio de tránsito, para convertirlo en un lugar donde desarrollan prácticas propias de lo privado y en un territorio que les brinda su identidad como HHCC y que, simultáneamente, defienden y resignifican” (p.8)

Aun con la coincidencia en cuanto no son lo privado y a los mandatos generales sobre lo que se puede y lo que no se puede realizar allí, no todas las calles son iguales, no es lo mismo el espacio público que pertenece a un barrio o al otro, ni el de una zona residencial al de una zona industrial, los usos, los actores, las estructuras y las cargas simbólicas cambian en cada territorio. Esta investigación fue desarrollada en el centro de la ciudad, por lo que de aquí más, cuando use el termino calle, me estaré refiriendo a esa calle de la comuna 10 - que a la vez son muchas calles - específicamente a las 3 zonas que frecuenté y de las que hablaré a continuación.

Además de la oposición privado/público, esta calle es un espacio residual en el sentido de Bauman (2005), es un vertedero de desechos humanos, de las actividades no aptas, de las formas de habitar superfluas, vergonzosas. El autor plantea que la los proyectos de sociedad unificadores basados en la episteme moderna, producen siempre un otro que es intrínseco a su lógica, sin el cual no podrían existir, en la modernidad temprana, había mano de obra en espera de ser usada y sujetos residuales que migraban, sin embargo, con los procesos de globalización y el cambio de sociedades de producción a sociedades de consumo, pasó de haber mano de obra en reserva, que aunque no siempre tenía un lugar activo en la economía, era potencialmente útil y por tanto cobijada por el

estado de bienestar, a aumentar la cantidad de individuos sobrantes, sin un papel en el sistema económico, sin lugar y sin amparo estatal concreto.

Ser “superfluo” significa ser supernumerario, innecesario, carente de uso —sean cuales fueren las necesidades y los usos que establecen el patrón de utilidad e indispensabilidad—. Los otros no te necesitan; pueden arreglárselas igual de bien, sino mejor, sin ti. No existe razón palmaria para tu presencia ni obvia justificación para tu reivindicación del derecho de seguir ahí (Bauman, 2005, p. 24).

Parto de la idea de residuo de Bauman para pensar la calle, porque me permite entenderla en su relación con la ciudad deseada y aceptada socialmente, al leerla como un espacio residual reconozco que sus formas no son accidentales, al contrario, son un producto implícito en el modelo de ciudad, están en su centro. Si sus lógicas, prácticas y habitantes nos parecen aterradores, deberíamos fijarnos entonces en cuál es la contracara, ¿de dónde vienen?, en términos de Bauman (2005), citando a Mary Douglas (2005: “ningún objeto es «residuo» por sus cualidades intrínsecas y ningún objeto puede llegar a ser residuo en virtud de su lógica interna.” (p. 37).

La Calle es un espacio residual porque la construyen principalmente sujetos residuos; la frecuentan putas, ladrones, paracos, alcohólicos, drogadictos, “desechables”; la habitan quienes no tienen un techo y quienes no pueden vivir en él sin el riesgo de ser ultrajadas; la construyen actor ilegal que da ordenes desde su finca y el político que manda a otros a hacer lo que él no puede; el jibaro al que capturan y sueltan tres veces al día y el desplazado que sirvió de carrito y lo cogieron a la primera vuelta. A la vez esta los determina a ellos su ajeteo les marca el ritmo de vida, su furia define que tan violentos deben ser hoy, sus caminos clasifican al amigo y al enemigo, sus manos llenan o vacían el estómago, sus ollas y sus gentes conducen el deseo. A esta relación entre la calle y los cuerpos que la habitan, nos acerca muy sentidamente el poeta Mauricio Manco en las siguientes líneas:

(...)Soy una jeringa con heroína en un baño de cafetería. Soy 8 y ½ de Federico Felini. Una jirafa quemándose de Dalí. Quizás soy mi camiseta sudada. La moneda que recibo cuando mendigo. O el bosque espeso de Santa Elena sin luna. Soy los domingos en los que nadie sale a la calle. La fila interminable del SISBEN para reclamarle los remedios a mi mamá. Las tardes enteras en el aeropuerto de la Universidad de Antioquia fumando marihuana y hablando mierda. Soy el maullido del gato de mi casa. Una autopista solitaria en la madrugada. Soy el banano que vende el revueltero. La piel de una prostituta recostada en

la cama de un motel. La quebrada que viene desde el morro pan de azúcar. Los periódicos que reparto en mi trabajo. Un bus pasando al lado del parque del periodista. Soy un pogo violento que corea una canción de punk. Soy el humo de mi bareto. Soy un gas lacrimógeno. Quizás soy el vaho de una alcantarilla. La llave que introduzco a la madrugada en mi puerta. El último trago de una cerveza. La bendición que me hecha mi madre antes de salir de casa. Un charco. Unos cucos mojados. “Un dibujo animado. La neblina. El título de un libro. El foco de mi pieza. La sangre. Un grifo. Las babas en mi almohada. O tinta, solo tinta. (2010)

Además de ser un residuo indispensable para su existencia, la calle es una clara muestra de la gobernanza necropolítica de la ciudad, esta zona de desechos; indeseada, monstruosa y eliminable, es su representación cruda e incómoda. Cuando hablo de necropolítica, me estoy refiriendo a lo que el filósofo africano Achille Mbembe (20011) considera es una gubernamentalidad para la muerte, en la que la vida de los individuos deja de importar y se pone al servicio del poder, por medio de diferentes estrategias justificadas en la soberanía, en tales contextos se da una instrumentalización de la existencia humana, se mantiene un estado de excepción constante y una destrucción de cuerpos superfluos.

Cuando pensé en necropolítica, estaba a mi lado Guillermo, con su cuerpo vivo descomponiéndose, tenía la pierna podrida-no engangrenada- podrida. Llegó al Centro de escucha buscando un servicio de enfermería que, por la magnitud de la herida, no podía prestársele. Ante la negativa, Johana, la amiga que lo acompañaba, en medio de su triste embriaguez, nos explicó “él sabe que ahí ya no tiene pie, pero quiere que le hagan alguna cosita, una curita, una cremita, algo. Huele maluco, sí, yo sé que huele maluco, pero ¡ah!, él es mi amigo y es humilde, lo importante es que es humilde”.

Guillermo era alcohólico y vivía en un andén cerca al Museo de Antioquia, llevaba varios meses arrastrando un pie del triple del tamaño natural y exhalando un hedor que espantaba a todos, excepto a Johana. Sin embargo, se reusaba a ir al hospital, no solo por el descuido de sí mismo que permitió que la herida llegara a esa magnitud, sino también porque la última vez que buscó ayuda en un centro de salud, luego de estar hospitalizado un par de noches, le dieron de alta y con su pierna destrozada debió devolverse caminando desde Castilla hasta el Centro día que queda en el centro, pues no tenía dinero y en el hospital no tuvieron esto en consideración.

¡Miren mi úlcera! La tengo desde hace muchos años. ¡Mírenla! Yo no podría vivir sin mi úlcera benefactora. Ella es la que me da de comer y a la vez ella se come mi pierna, pero es justo, señores, es justo, la reciprocidad ante todo, y mi úlcera no me impide cantar, ni arrancarle el sonido a las cuerdas; mi úlcera es lo único que tengo, me ha sido dada para provocar mi canto, le canto todo el día mientras caen algunas monedas del cielo, y al final duermo abrazado con mi dolor, mío, señores, mi dolor, del cual estoy orgulloso porque hace que os fijéis en mí, huérfano sin miradas, cantando en un rinconcito del Universo, no estorbo a nadie. Dios no me ha visto, porque si me hubiera visto, ¿cuánto apostáis vosotros que me hubiera dado si me hubiese visto? (Jaramillo, 2004).

Su presencia me evocó otra situación en la que presencié límites del dolor que me eran inimaginables. Una noche, en una esquina cercana al Parque el Periodista estaba una mujer de 40 años que aparentaba 60, lloraba desgarradamente mientras cubría su pelvis con un trapo, la razón era una hemorroide crónica, como buscando una justificación para su llanto, nos mostró que tenía el intestino afuera. Aterradas e intentando encontrar ayuda, Llamamos al 123 para pedir una ambulancia, entre la primera llamada y la confirmación de que había sido reportado el caso, transcurrieron 45 minutos y ahí apenas empezaba la espera de un turno. Ante la ineficiencia el servicio, decidimos intentar tomar un taxi, pero nadie quiere llevar a una callejera a bordo.

Durante la espera los deseos de ella fueron cambiando, primero se reusaba a ir al hospital, diciendo “allá me torturan más”, únicamente bajo nuestra promesa de que la visitaríamos, aceptó ir. Ante la tardanza, todo se volvió muy confuso, aunque el dolor persistía, rechazaba de nuevo la atención médica, nos pedía dinero para comprar comida, pero con excusas incoherentes despreciaba los alimentos que le entregábamos, insistía en que quería irse y ante nuestra persistencia para que permaneciera allí, mientras lográbamos encontrar una solución, gritó enfurecida “¡déjenme en paz!”, con su mano y un pañito húmedo contuvo la hemorroide y se fue. En ese momento entendimos que lo que necesitaba era basuco, aunque sus peticiones de comida eran una hazaña para conseguir el dinero de su dosis, su dolor era evidentemente real ¿con qué derecho podríamos juzgar los medios que usaba para menguar el sufrimiento?

A los cinco años mi madre me enseñó a llorar y me quitó la camisa y me llevó al puente en el centro de la ciudad para que llorara, y después me llevó al parque para que llorara los domingos y los otros días de la semana lloraba en el atrio de la catedral, a la salida de los teatros, en las ferias de ganado y en las festividades públicas. También lloré en las afueras

del estadio, lloré el jueves y el viernes santos y lloré en el Corpus Christi. Hasta que la ciudad se cansó de oírme llorar y de verme crecer sin mi camisa y entonces mi madre decidió llevarme a la capital y allí estuve varios años sentado llorando a las puertas de los bancos, en las gradas del Capitolio, en las plazas de mercado, en las grandes celebraciones, llorando de frío, temblando de frío, hasta que mi madre recogió todo el dinero que necesitaba, y no la volví a ver. Entonces me fui a llorar en los trenes un largo llanto mudo picado de cuchillos. (Jaramillo, 2004)

Por historias como las de ellos dos, empecé a preguntarme ¿qué sucede en vida de una persona para llegar a tener ese tipo de relación con su cuerpo? ¿qué los lleva a tales límites de dolor y descuido de sí? Veía en esos cuerpos una muerte lenta y en vida. Entonces, cuando pensaba en necropolítica, evocaba la literalidad del término; una política que a partir de las condiciones de posibilidad que crea, conduce a los sujetos a la muerte, los desecha. Buscaba entender a partir de este concepto, la construcción de un orden que pone a los seres al límite del sufrimiento para mantenerse.

Además del dolor latente en la calle, otra motivación inicial para pensar en necropolítica, fue el encontrarme con que, las causas aparentes porque las que las personas callejeras llevaban esas formas vida eran múltiples (consumo problemático de sustancias, problemas familiares, problemas psicológicos, desplazamientos etc.) y en la mayoría de seres coincidían más de uno de estos factores. Incluso, a simple vista, todas las violencias que atraviesan sus vidas podrían leerse como fatalidades sin razón, de lo absurdo que resulta. Tal concepto era entonces una herramienta para abarcar todas esas causas dispersas y encontrarles una raíz, un origen común, que trasciende la decisión individual o la desgracia biográfica, además, permite leer particularidades en la calle sin desvincularla de los otros fenómenos de la ciudad.

A continuación, ahondaré en el concepto para posteriormente vincularlo con este contexto particular. El término necropolítica, es usado por primera vez, por el filósofo Achille Mbembe en un artículo publicado en el 2003, para referirse a la política como el ejercicio de dar muerte, el autor parte del concepto del concepto de biopoder.

El biopoder hace referencia al régimen político, con el que, según Foucault (2003) operan los estados modernos, y tiene como objetivo principal el dominio de la población a partir de los cuerpos, esto lo hace por medio de un conjunto de prácticas que conducen los fenómenos, deseos

y necesidades naturales de la población, determinando como vivir. Con la biopolítica se da una reconfiguración de la noción de soberanía que Chávez (2013), retomando a Foucault, explica así:

Estas distribuciones y clasificaciones de la vida permiten que la soberanía, que se había planteado desde finales de la Edad Media como el poder de matar y dejar vivir, se convirtiera en una especie de administración de una lógica gubernamental en el poder de hacer vivir y abandonar a la muerte. Es decir, la soberanía se configura como una lógica del poder de muerte que se conforma desde una regulación de la vida biológica de la población por parte del Estado. (p. 25)

Analizando el planteamiento de Foucault, Mbembe se pregunta si su idea de biopolítica es suficiente para analizar la política de hoy en la que la eliminación del enemigo que ella misma crea es su principal objetivo y afirma que no es suficiente, pues en las colonias de la modernidad temprana y tardía, se da una gubernamentalidad diferente, en la cual la violencia es un fin en sí mismo, convirtiéndose la biopolítica en necropolítica.

Mbembe, a diferencia de Foucault, que remonta la consolidación de la biopolítica a la época de la ilustración, despliega su análisis desde las colonias americanas en el siglo XVII. El autor expone que es necesario comprender el racismo, como primera herramienta biopolítica, la persona racializada, es privada de todo reconocimiento político y posibilidad de decisión sobre sí mismo y sobre el entorno, la posibilidad de estar vivos se debe únicamente en la necesidad de mano de obra y a partir de tal deshumanización, es justificada la implantación de un estado de excepción constante en el que cualquier tipo de violencia es válida. Desde allí se consolida una soberanía que consiste en definir quién es valioso y quien no, por ende, quien tiene derecho a vivir y quien no. (Mbembe, 2011).

En consonancia con lo anterior, Mbembe señala dos hitos del terror de la política moderna: el primero, se dio en los sistemas de plantación impuestos en América, en los que los cuerpos esclavizados eran configurados para el ejercicio de la violencia sobre ellos, justificándose en los procesos civilizatorios que los deshumanizaban.

Pese a esto, como el/la esclavo/a es necesario/a en tanto fuerza de trabajo, se lo/la deja vivir en un “estado de lesión”. Esto implica la disposición de sus cuerpos para ejercitar la violencia (azotes, ejecuciones, violaciones) y, a su vez, para constituirlos como escenario y protagonistas de un espectáculo de violencia “destinado a provocar el terror” en otros/as (Gigena, 2012, p.21)

El segundo, son las colonias africanas y asiáticas desde el siglo XIX, en las cuales se reproduce el racismo de la mano de un imaginario que constituye a los territorios como zonas de guerra o fronterizas, y con esto es justificado el ejercicio colonial del terror por parte de países europeos. Justificándose en la soberanía y en el mantenimiento del orden, se impone un estado de excepción permanente, una ocupación sistemática y planificada, en la que la población y el territorio son clasificados según sus intereses y controlados con tácticas sofisticadas de guerra y vigilancia.

En resumen, tal como muestra el caso de Palestina, en la ocupación colonial de la modernidad tardía se engarzan los poderes: disciplinar, biopolítico y necropolítico. Posibilitando así, una dominación absoluta sobre los habitantes. El estado de sitio, es visto por el autor como una institución militar que implica que no haya una distinción entre el enemigo interno y el externo. El blanco a eliminar son poblaciones completas. Se militariza la vida cotidiana, ya que a los comandantes se les otorga la libertad de matar a quien les parezca. Las instituciones civiles son aniquiladas, la población que se encuentra en estado de sitio es privada de sus ingresos (Mbembe, 2011, p.53)

Pese a encontrar continuidades entre la política de ambos momentos y remitirse a antes de la modernidad para explicar el origen de la biopolítica, Mbembe ubica la consolidación de la necropolítica en el siglo XIX y expone sus particularidades. El necropoder actúa sobre los sujetos no solo para disciplinarlos, sino también, para masacrarlos o desecharlos, sin necesidad de una justificación aparente, pues la violencia ya no necesita un fin para ser ejercida, pues es un fin en sí misma. (Mbembe 2011)

El autor, añade, que una de las características del necropoder es que desborda los límites del Estado – nación, la pérdida del valor de la vida y su equiparación con mercancía, que permite el ejercicio indiscriminado de la violencia, es una lógica que se reproduce y materializa en todos los ámbitos de la sociedad.

Es decir, la necropolítica supone relaciones sociales fincadas en el ejercicio de la fuerza y en el giro autoritario de las prácticas, no debe entenderse como un ejercicio exclusivo de los órganos gubernamentales, sino más allá. Se constituye como una “estructura del sentir” que se irradia a todos los segmentos sociales; es un sentido común que moldea conductas e induce gozos, y es más eficiente en términos de reacción, en sistemas legales ambiguos y

laxos. Su presencia entrelaza los ethos coloniales de larga duración con las condiciones de superfluidad y nuda vida contemporánea. (Fuentes 2012, p. 48-49)

Además, en las sociedades contemporáneas la soberanía, es ejercida y disputada por distintos actores, estatales y no estatales, que deciden sobre la economía, la vida y las guerras. En relación con esto el filósofo, retoma un concepto creado por Deleze y Guattari (1994), que es “máquinas de guerra”, para referirse a grupos de personas armadas con capacidad de decisión y acción, los describe así:

Posee los rasgos de una organización política o de una compañía mercantil. Funciona por medio de la captura y la depredación, y puede incluso acuñar su propio dinero. Para avivar la extracción y la exportación de los recursos naturales situados en el territorio que ellas controlan, las máquinas de guerra establecen vínculos directos con las redes transnacionales. (Mbembe, 2006: 46)

Al respecto, Mbembe, plantea que los Estados contemporáneos ya no ostentan el monopolio de la fuerza, los instrumentos y la mano de obra para ejecutarla son fácilmente negociables y accesibles. Al estar los territorios constantemente sometidos a la lógica de la extracción de recursos naturales y mano de obra, la producción de capital y bajo una violencia permanente, cualquier sujeto puede convertirse en una máquina de guerra con facilidad, pues cumple la función de implantar el terror.

En consonancia con lo anterior, afirmo que la calle, con sus estructuras más profundas y con quienes lo habitan; es la representación y el resultado de tal episteme, porque tal espacio es constituido como una frontera en la que los límites entre lo legal y lo ilegal se difuminan, el valor del cuerpo humano se trastoca con el de las materialidades, la violencia es un fin en sí mismo y los seres que la habitan están expuestos a un dolor constante. Todo esto, como producto de las configuraciones de la ciudad.

Aunque el filósofo camerunés, se concentra sobre todo en colonias africanas para desarrollar sus ideas, el necropoder es una episteme que se reproduce en el mundo y ha sido retomada por distintos autores para analizar las configuraciones políticas de países americanos. La calle en Medellín es un resultado de la necropolítica a escala pequeña, aunque no deja de estar ligada a la globalidad.

La calle, aunque no es propiamente una colonia, como los casos retomados por Mbembe en su texto, está inmersa en configuración similar a la de la colonia, en el sentido, de ser un espacio

residual que es configurado socialmente como indeseado, violento y salvaje, además, los seres que la habitan no son siempre racializados, pero transgreden la configuración moderna de lo que es un ciudadano, son constituidos como otro respecto a la ciudadanía deseada (Castro, 2000). Al respecto, Chávez (2013) plantea:

la colonia será el espacio donde la administración de las poblaciones se dará bajo una lógica de guerra que legitima la expropiación del territorio y la distribución y explotación de sus habitantes bajo la significación de la vida como desechable o superflua. La violencia de la ocupación implanta una política de muerte que se concreta en la figura de la plantación. (p. 25).

Específicamente, los sujetos callejeros que la habitan, en su mayoría construyen nuevos ordenes que contradicen las lógicas sociales imperantes, para adentrarse en otras más movedizas e inciertas, viven en una desvinculación total o parcial de los lazos familiares creando otros con motivaciones distintas y bajo nuevas reglas, tienen otros relacionamientos con el cuerpo en cuanto se desdibujan límites entre lo privado y lo público, lo vergonzoso y lo aceptable, sobre; el cuidado de sí, se apropian del espacio público de formas distinta a las de los demás ciudadanos, al convertirlo en un espacio para estar y no para transitar y subvierten la idea de la productividad y el consumo. En este sentido, estas personas son catalogadas socialmente como inútiles e inconvenientes, por tanto, eliminables, operando así la estrategia mencionada por Mbembe respecto al racismo y a la construcción del enemigo, que es borrar del otro su humanidad para justificar la violencia que opera sobre él y desecharlo.

En el centro de Medellín, aunque no hay un estado de excepción declarado o una guerra con tecnologías avanzadas, hay un control territorial por medio de tácticas violentas que cruzan la línea de la legalidad y es ejercido por varios actores que representan o no el Estado y operan como máquinas de guerra, lo que implica una violencia desbordada continua y una tensión constante por disputas de poder. Este territorio se configura como una red en la que participan distintos actores ilegales que vigilan y controlan, deciden quien puede y quien no puede estar en el espacio, definen las actividades que está permitido realizar, administran el microtráfico y la economía informal en general, se encargan de impartir miedo y de dejar claro quien ejerce el poder. Debido a su configuración como zona residual y espacio problemático, tal situación es normalizada tanto por los ciudadanos del común, como por la institucionalidad, lo que conlleva a una normalización de las atrocidades que viven quien lo habitan.

El control ilegal mencionado anteriormente es muy visible en la zona que queda detrás del Museo de Antioquia. A primera vista, los límites aproximados de la Avenida Cundinamarca con la carrera 55 y la Avenida de Greiff con la calle 56, son todo un caos: ruidos, personas que van y vienen, diversidad de rostros, peleas, humo, risas, licor, gritos, drogas, música. Sin embargo, hay un orden que es impuesto por varios actores violentos, Convivir³, combos⁴ que operan para distintas bandas⁵, sujetos que ejercen un control que se han ganado con su trayectoria de vida, sin pertenecer a ningún grupo, jibaros, policías y funcionarios de espacio público. La vigilancia del sector está dividida por zonas y casi que en cada cuadra hay una o dos personas cuidando de que no haya sapos, ladrones, heroinómanos inyectándose, ni nada que pueda llamar la atención de los policías más de lo debido.

Una característica esencial del lugar, es que allí se encuentra El Bronx, el punto de expendio de drogas más grande del centro y de la ciudad -después de Barrio Antioquia- son dos cuadras, en una hay varios negocios de litografías y repuestos y chazas de dulces, en otra están ubicados sobre la vía, más o menos 10 puestos armados con plásticos y palos en los que venden drogas, se puede conseguir perico, ruedas, marihuana, sacol, bazuco, pese a que no es una calle peatonal, por allí no transita casi ningún vehículo, varias cuadras alrededor están llenas de personas consumiendo drogas, sentadas, paradas, acostadas, están por todas partes. Las personas que venden son contratadas por otros con un sueldo fijo y deben responder por el plante del día, hay consumidores de todo tipo, transeúntes, personas que trabajan en zonas aledañas y frecuentan el lugar, pero la mayoría son sujetos que viven en la calle, algunos que se ubican diariamente en zonas aledañas y otros que llegan desde Niquitao, La playa, El rio y otros puntos del centro a conseguir drogas porque allí son más baratas y de mejor calidad.

La existencia de este expendio es determinante porque implica la necesidad de un control más fuerte por parte de actores ilegales para proteger sus negocios, esto tiene repercusiones en todos quienes lo habitan, pues definen los comportamientos permitidos y los prohibidos, controlan

³ Cooperativas de Vigilancia y Seguridad Privada, creadas mediante el Decreto 356 de 1994, sus participantes tenían derecho a usar armas que eran reservadas antes para las Fuerzas Armadas y cumplían labores de inteligencia en pro de acabar con las guerrillas. Aunque debido al abuso hacia la población, su desmonte fue anunciado en 1998 por su presidente, en el centro de Medellín aun hoy quedan rezagos de estos grupos. (CNMH, 2017)

⁴ Grupos de máximo 30 personas, con reconocimiento en el territorio, se dedica a actividades ilícitas para recaudar dinero, están a disposición para ser contratados por otros grupos más grandes. (Alcaldía de Medellín, 2005)

⁵ Estructura conformada por personas con poder económico y de decisión sobre los territorios, con alianzas con el narcotráfico y el paramilitarismo, se encargan de contratar combos para ejecutar sus acciones. (Alcaldía de Medellín, 2005)

la economía cobrando cuotas a los venteros e incluso obligan a que muchos trabajadores informales compren los tintos y las coladas que comercializan, en expendios administrados por ellos. Estos sujetos se encargan de mantener un statu quo en el que haya el menor riesgo posible de que intervengan fuerzas armadas estatales, frenan cualquier riña, eliminan a los ladrones, espantan a los consumidores problemáticos de drogas y silencian de cualquier manera a quien esté haciendo escándalos.

Mientras estuve ahí, pasó un joven de unos 24-26 años, drogado y con una actitud agresiva, que no he visto en personas consumidoras de basuco, ni en sacoleros, seguramente consumió pepas, 2 minutos después de que empezara a gritar, un hombre de su misma edad lo miró desafiantes y le dijo que se callara, el joven drogado no se calmó pero inmediatamente llegó otro hombre a callarlo dándole un golpe en el pecho, desde ese momento estuvo un poco más lúcido, disimuló su actitud anterior hablando sobre los kits que estábamos repartiendo y se marchó. (Diarios de campo, 2020)

En esta calle, no solo hay un control del territorio por parte de actores no estatales vinculados con el microtráfico y el paramilitarismo – lo cual es un fenómeno generalizado en la ciudad y de por sí violento – sino también una expansión de la violencia que se presenta como fin en sí mismo, pues no está presente solamente en los actos que ejecutan los actores armados, sino que es el rasero para medir que tanto respeto merecen los individuos y que tan dignos son de vivir en ese espacio. Allí las estrategias del poder son directamente proporcionales a los intereses económicos y políticos que hay puestos en el espacio, por parte de varios actores, son extremadamente sádicas y van desde la tortura y la desaparición, hasta otras formas más sutiles, pero no menos crueles, como el volver a alguien adicto a la heroína sin que lo sepa para tener un futuro cliente o inducir a una persona al consumo de basuco, para dejarle de pagar su trabajo con dinero y empezar a retribuirlo con droga. Sobre estos hechos E⁶ nos contaba:

Allá (refiriéndose a los puntos de venta de El Bronx) hay más de uno embalado, tiene que seguir trabajando ahí porque deben una montón de plata, si se van se los fuman (los matan) y deben hasta un millón de pesos, lo que pasa es que ellos mismos (los que les dan el plante

⁶ Hombre callejero de aproximadamente 45 años, toda su vida se ha desenvuelto en la clandestinidad de las calles de Medellín, ha vivenciado varias guerras, desde distintos bandos, lo que le da sabiduría, poder y reconocimiento, para moverse a voluntad por los submundos; sin necesidad de que ningún grupo lo respalde, su biografía ya lo hace. Encarna la contradicción, su existencia me enseñó a no mirar la calle desde el binarismo de lo bueno y lo malo, su crueldad contrariaba mis juicios y su amabilidad cuestionaba mis preconcepciones

para vender) meten la mano ahí para descuadrarlos y que queden endeudados entonces les toca seguir camellando, además los enganchan con el bazuco para que empiecen a consumir y les pagan con drogas, muchos terminan así (señala a las personas que viven en la calle y están consumiendo al frente suyo). (Diarios de campo, 2020)

Tal sadismo es posible, en parte, porque, como lo mencionaba; es narrado como una zona inhóspita, cuando no aterradora, a la que, ante los ojos del mundo, solo se acerca de manera coercitiva y la población civil lo ve como un cultivo de seres indeseados que es mejor erradicar o al que por seguridad no hay que acercarse. Además, aunque allí hay puntos de fuga e intentos por subvertir el orden desde la individualidad, no hay redes de cuidado y vínculos sólidos; pues la violencia y la precarización de las vidas se ha instaurado tanto que imposibilita que estos se construyan y sirvan como resguardo ante la crueldad o como cimientos para construir otras formas de relacionamiento. Los efectos de estas vidas aisladas los reafirmé una noche viendo la manera en que M una callejera que trabaja en el Parque El Periodista trataba a Santi, un callejero consumidor de heroína y escuchando las palabras de este:

Luego de que M, quien vive en la calle y cuida el Parque el periodista vigilando y evitando que haya habitantes de calle allí, lo agarrara a botellazos porque iba a reciclar unas botellas del parque, fuimos donde Santi a hacerle una curación en el pie que tiene quemado. Estaba destrozado, nos decía: “la familia, la gente, los convivir, nos atacan y entre nosotros mismos (refiriéndose a las personas que consumen heroína) nos atacamos por la espalda, deberíamos juntarnos, pero andamos por ahí, cada uno por su lado” la quemadura del pie, se la hizo Jeisson, otro hombre que vive en la calle y consume heroína, en venganza mientras dormía, porque Santi le debía mil pesos”. (Diarios de campo, 2021)

Este espacio, como he venido diciendo, no está desvinculado del resto de la ciudad, al contrario, es su resultado y le sirve, en la medida en que, es un contenedor de seres superfluos. A diferencia de la población residual mencionada por Bauman, que no encuentra un puesto en su país natal y migra, en esta ciudad pareciera haber un lugar para los residuos, que es la calle, donde su existencia es mantenida en un estado liminal en el que ni desaparecen, ni existen completamente como ciudadanos, pero siguen produciendo rentabilidad, al mantener en pie una economía de la sombra que a la vez que le genera recursos a quienes ostentan el poder (miembros o no del estado), permite que se mantenga el orden social que desean, para continuar con su hegemonía y es la

posibilidad de subsistencia para muchos que de otra manera no tendrían recursos para seguir existiendo.

Otro motivo por el cual este territorio es una consecuencia agudizada de la necropolítica que vive Medellín, porque su existencia es posible gracias y en pro de una construcción de una ciudad neoliberal que precariza la vida de sus habitantes y crea condiciones en las que la ilegalidad y la violencia, son la posibilidad más cercana de supervivencia para muchos.

Medellín entró en los procesos de neoliberalización y globalización a partir de un modelo de ciudad prestadora de servicios, enfocada en el emprendimiento y la innovación, esto con el objetivo de crecer económicamente, pero también de resarcir ante el mundo la imagen de ciudad violenta que ha construido desde sus inicios e intensificado en los años 80 con el auge del narcotráfico.

El Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) plantearon en 1980 un discurso global de emprendimiento, el cual fue aprehendido en la agenda nacional y local de la capital antioqueña (Sanín et al., 2014). Específicamente durante los gobiernos municipales de Sergio Fajardo (2004-2007), Alonso Salazar (2008- 2011) y Aníbal Gaviria (2012-2015), el discurso del emprendimiento y la innovación fue incorporado y dio cuenta de una serie de transformaciones en la ciudad en términos económicos, de imagen de ciudad y sociopolíticos; respectivamente: el paso de la vocación industrial a una de servicios, el cambio progresivo -tanto a nivel mundial, nacional y local- de “Medellín, ciudad violenta”- propia de la década de los noventa- a Medellín como la ciudad más innovadora (Villa et. al, 2003; Sanín et al., 2014), y el uso de la cultura del empresarismo para atender problemas como la violencia y el desempleo (Sanín et al., 2014). (Alvarado, 2018)

Aunque la capital antioqueña, con la neoliberalización pudo mejorar su imagen ante el mundo, insertarse en el mercado global y consolidar un discurso que la muestra como un territorio en constante progreso; este modelo de ciudad, no remedió los problemas profundos que venían atravesándola, como la crisis económica, el arremetimiento del narcotráfico que venía en crecimiento desde los 70, las disputas por el territorio, el empobrecimiento. Al contrario, el paso de una ciudad industrial a una innovadora ha servido como estrategia para la consolidación de estrategias necropolíticas que acentúa los problemas estructurales y con las que el estado, de maneras sutiles y paulatinas; menos escandalosas que las batallas de una guerra, ha venido decidiendo a quienes les permite vivir y a quienes no.

Estamos pues, ante una forma de mando distinta a la colonial ya que en este tipo de gubernamentalidad las tecnologías de destrucción son más táctiles, anatómicas y sensoriales en espacios en los que se decide entre la vida y la muerte. Decide la muerte de poblaciones enteras. (Mendoza, 2018, p.26)

Algunas de esas estrategias han sido: crear una economía (innovadora) en la que para insertarse, se requiere un capital cultural que gran parte de la población no tiene; privatizar el espacio público obstaculizando la existencia de quienes viven de la economía informal y restringiéndoles a muchos el derecho a habitarlo, clasificar a los sujetos de manera descontextualizada y sin atender a sus necesidades reales, poner a las personas al servicio de la economía y librar de responsabilidades al estado respecto a la economía y al bienestar de los ciudadanos, por medio de un discurso de libre mercado y emprendimiento en el que la persona debe autogestionar su existencia, aunque el contexto no brinde las posibilidades reales. En términos de Bauman, la estrategia neoliberal ha sido:

Se van restringiendo las funciones proteccionistas del Estado, para abarcar una pequeña minoría de inválidos e incapacitados para trabajar, aunque se tiende incluso a reclasificar esa minoría, que pasa de ser un asunto de asistencia social a ser una cuestión de ley y de orden: la incapacidad de participar en el juego del mercado tiende a criminalizarse de forma progresiva. El Estado se lava las manos ante la vulnerabilidad y la incertidumbre que dimanen de la lógica (o falta de lógica) del libre mercado, redefinida ahora como un asunto privado, una cuestión que los individuos han de tratar y hacer frente con los recursos que obran en su poder. Tal como lo expresa Ulrich Beck, se espera ahora de los individuos que busquen soluciones biográficas a contradicciones sistémicas. (Bauman, 2005, p.72,73)

La precarización de la vida hace parte del necropoder, porque pone a los sujetos al borde de la existencia, elimina toda condición material y posibilidad para la existencia, lo que convierte la vida de muchos en una lucha constante por mantenerse en vida. La necropolítica usa solo la violencia explícita y directa para administrar la muerte. Al respecto, Valverde (2015) plantea:

La necropolítica (del griego necro, «muerte») del neoüberalismo no necesita armas para matar a los excluidos. Por medio de sus políticas, los excluidos viven muertos en vida o se les deja morir porque no son rentables. No sirven ni para ser esclavos. Pero, ¿no es suficiente con dejarlos morir sin acceso a comida, techo y atención sanitaria? ¿Por qué se desarrollan políticas y maneras de gobernar que aceleran su muerte, que se aseguran de que

estén al límite de la vida con el «privilegio» de sobrevivir? Porque son una amenaza. Sin darse cuenta ni proponérselo, los excluidos y los precarios ponen en evidencia, como cuerpos resonantes, como altavoces, todas las injusticias del neoliberalismo (p.16)

Una estrategia estatal igual de sutil, es la clasificación de sujetos, a la que hacíamos alusión en el capítulo anterior. Al definir una cantidad de individuos, sin procurar correspondencia con la realidad y con sus necesidades y partir de esto crear los programas que se supone, contribuyen a mejorar las condiciones de los ciudadanos con vidas precarizadas, el estado se encarga de obstaculizar la existencia de quienes no caben en sus categorías, negándoles el acceso a recursos que necesitan para suplir necesidades básicas y tener una existencia digna, a esto se le suma la exigencias de trámites burocráticos que no están al alcance de todos y obstruyen los procesos. En los casos de quienes viven en la calle, los programas institucionales, aunque pueden menguar necesidades básicas, tienen el propósito de eliminar sus formas de vida, no de construir posibilidades que les permitan decidir cómo quieren habitar la ciudad, son los sujetos los que se siguen estigmatizando, más no hay interés en un cambio profundo en la ciudad que les brinde mejores posibilidades sobre las cuales decidir. A esto se le suma el hecho de que el rechazo hacia sus existencias, está tan incubado en la sociedad, que lo común es que incluso los funcionarios públicos que ejercen los proyectos, se acerquen desde la caridad, el autoritarismo y la displicencia, brindándoles una atención además de inefectiva, denigrante.

Pero la calle no es únicamente el espacio de la destrucción, también es el escenario de sobrevivencia, en el que los que no tiene un lugar oficial en el sistema económico, no alcanzaron un puesto en la ciudad industrial, ni en la innovadora o los que no están conformes con los límites del mundo del capital, porque sus espíritus son mucho más grandes y bellos; se las ingenian para existir por medio del rebusque, está quien recicla, la que se aprovecha de la contingencia para vender cualquier objeto extraño, el sapo, el jibaro, la explotada sexualmente, el ladrón, el que finge cuidar autos para cobrar unas monedas y el que los cuida de verdad, la vendedora de tintos, el que calibra las llantas, la artesana, el mago, el que pide monedas directamente y el que disimula con una caja de barriletes que está vendiendo, pero cuando le entregas la moneda nunca te da lo que “compraste”.

Cuando hablo de sobrevivir, no me refiero solo a la posibilidad de encontrar condiciones materiales para la existencia, sino también a asumir un lugar de enunciación, a la construcción de

una posición frente al mundo que les está siendo negado, a la creación de nichos, partiendo de las posibilidades y limitaciones que tienen ante sí. En el sentido de Rincón (2018):

Todas las formas de rebusque sitúan ante nuestros ojos la alteridad que no reconocemos, que se sabe mostrar desfavorecido y enajenado de la condición de ciudadano, pero que lejos de ser reducido a este lugar ni queriendo ocuparlo, reafirma su derecho a ser en los términos que los fija para sí, actuando sobre unas condiciones de limitación de recursos y barreras sociales que no le permiten desempeñarse en otros ámbitos económicos y sociales (p. 46)

Si hago la anterior aclaración, no es con la intención de romantizar sus existencias, sino con el propósito de ser justa con la dignidad, la creatividad, la autonomía y la agencia, que he visto en los seres con los que me he topado allí, la dignidad de doña Luz⁷ que a sus 80 años camina desde Niquitao hasta Sabaneta vendiendo confites y se otorga el derecho a bautizar a un árbol “alegría” y a alimentar a todos los animales que le plazca, la de Mónica⁸ que danza cada vez que quiere con sus muñecos de plástico, la de Santiago⁹ que aunque no tenga un peso, decidió no pedirle dinero a su padre porque es un intelectual que según él “sabe tanto, que sabe a mierda”.

Pero no solo reconozco la dignidad y la valentía en quienes ejercen labores que antes los ojos de muchos son desgraciadas pero aceptables, sino también en quienes encarnan vidas calificadas como reprochables y crueles: el pillo, el jibaro, la ladrona, la prostituta, el mendigo... es así, porque por un lado, mi sentir, nacido del relacionamiento y el vínculo, no me permite definirles por una sola de sus facetas ni narrarlos desde la monstruosidad y por otro porque mi intención no está en juzgar u opinar la manera en que encarnan las condiciones de posibilidad que les son dadas, sino en entender tales condiciones. Es decir, considero que los monstruos no son ellos, sino un sistema que reduce los mundos, oprime y hostiga a los sujetos, limita las posibilidades de existencia a una vida entregada a la producción de capital, imposibilita la vida y su disfrute. Con esto no pretendo borrar la agencia de los sujetos, ni afirmar que no poseen autonomía o que están imposibilitados para el cambio, pero es importante tratar de comprender sus vidas dentro del contexto que es la calle, dimensionar las limitaciones que acarrea existir en tal espacio y reconocer

⁷ Mujer de aproximadamente 80 años, paga un cuarto en un inquilinato de Niquitao, con el dinero que recoge vendiendo confites, hace parte de la colectiva Callejeras.

⁸ Callejera de aproximadamente 35 años, consumidora de heroína, frecuenta los alrededores del Bronx y gestiona su vida vendiendo objetos que encuentra o le regalan, por ejemplo, muñecos, saldos de ropa de almacenes, lencería.

⁹ Callejero de más o menos 24 años de edad, hijo de un engrñado profesor de física con el que no se lleva bien, se rebusca la vida por distintas cuerdas del centro. Renunció a los deseos y decepcionó las expectativas de su padre, en busca de otros caminos, dolorosos pero tal vez más acordes con su rebeldía

las condiciones de posibilidad en las que han transcurrido sus vidas, para no caer en interpretaciones que en nombre de la libertad individual y el libre albedrío, culpabilizan a los sujetos y sus actos de marginalidades creadas desde otros lados.

2 Ruedas, perico, pepas, crespa y sangre

Aun siendo el consumo problemático de sustancias psicoactivas uno de las principales factores, que según cifras oficiales afectan a las personas callejeras y el narcotráfico un factor constitutivo de Medellín, poco se ha dicho sobre que rol juega la ciudad y sus estructuras criminales y de microtráfico en las vidas de quienes se enuncian desde la calle y en sus contextos, el ojo ha estado puesto sobre los individuos como consumidores, más no en los intereses sociales, políticos y económicos que cargan estas estructuras y sus consecuencias sobre la población. Por tanto, este capítulo, continuando con la premisa de que las vidas callejeras no son accidentales sino un resultado del modelo de ciudad y su episteme, pretende reflexionar sobre la relación entre microtráfico y personas callejeras, leyéndola bajo el concepto de *capitalismo gore* y entendiendo el microtráfico como un dispositivo político que configura cuerpos permeados por el dolor y el terror. Para tal propósito comenzaré por aclarar el concepto, para luego hablar de su materialización - a partir del tráfico de drogas- en Medellín y terminar analizando su incidencia en la calle y en quienes desarrollan sus vidas allí.

2.1 Capitalismo Gore

Desde un interés similar al de Mbembe por analizar el capitalismo en su estado actual y su materialización en países del tercer mundo, la filósofa Sayak Valencia, situándose en Tijuana y con una perspectiva transfeminista, propone el termino *Capitalismo Gore* para explicar la configuración de una violencia exacerbada, espectacularizada, rentable y estructural, en la que confluyen narcotráfico, consumismo, estado y globalización. Al respecto Valencia (2010) plantea:

Proponemos el término capitalismo gore, para hacer referencia a la reinterpretación dada a la economía hegemónica y global en los espacios (geográficamente) fronterizos... con capitalismo gore nos referimos al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes), al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos, frecuentemente mezclados con el crimen organizado, el género y los usos predatorios de los cuerpos, todo esto por medio de la violencia más explícita como herramienta de necroempoderamiento. (p.15)

Desde su perspectiva, el fenómeno de la violencia que opera en las fronteras, se diferencia de las violencias de otros momentos históricos y geográficos, por la relación proporcional que existe entre terror y rentabilidad para diversos sectores (estados, criminalidad, industria), la manera espectacularizada¹⁰ en que es manejada y la especialización de las tácticas de violencia.

Tal maximización de la violencia se da en un contexto neoliberal, en el cual hay un estallido del estado nación, pues las funciones que antes le competían al estado como la natalidad o la educación y la gubernamentalidad en general, pasan a estar en manos del mercado. Al respecto, Mendoza (2018), quien hace un estudio comparativo desde la filosofía, entre el concepto de *necropolítica* y el de *capitalismo gore*, plantea:

Dado que la economía fija el ejercicio de la gubernamentalidad, y se rige por las leyes de intercambio y beneficio empresarial, Sayak afirma que el Estado-nación ha devenido en un Mercado-nación. De ser una entidad política ha pasado a ser una unidad económica.

Por lo tanto el papel que posee el Estado actualmente está marcado por la globalización y el neoliberalismo, que ha hecho un desplazamiento en los intereses gubernamentales, los cuales obedecen a la gestión de la economía, más allá de los pactos éticos que [deberían] estar encaminados a administrar y preservar la vida de la población. (p.43)

Valencia, además, afirma que con dicha conversión del Estado su objetivo deja de ser administrar y preservar la vida, y se convierte en maximizar los beneficios del mercado, lo que desdibuja los límites éticos, pues la vida también es mercantilizada. En este sentido, se borran también los límites entre lo legal y lo ilegal y varios tipos de economías criminales empiezan a tener injerencia económica y poder de decisión en cuestiones estatales.

Entre tales economías criminales se encuentra, como una de las principales, el narcotráfico, su alcance e incidencia es de tanta magnitud que Valencia afirma, los Estado naciones pasaron a ser *narco-naciones*, pues no hay un único estado, sino que paralelo al oficial, aparecen las estructuras del narcotráfico ejerciendo un poder similar al del Estado.

¹⁰Para Sayak Valencia (2010) La espectacularización de la violencia se da a través de los medios de comunicación, quienes obtienen grandes ganancias económicas. A la par; el hecho de mostrar las formas crueles en las que se ataca el cuerpo por los cárteles de la droga también son llevados a cabo para mostrar a la población un mensaje de amedrentación, castigo y poder. Tal como señalan Pavón y Albarrán (2012) “el cuerpo es el sustento literal de una sangrienta enunciación” (Mendoza, 2018, p.195)

La autora considera que, obedeciendo a la perfección las lógicas propias del mercado; el narcotráfico es una empresa transnacional que saca la mayor rentabilidad, con menores costos y en poco tiempo. Todo esto lo hace, por medio de organizaciones que están por fuera de los límites de la ley, pero cuentan con incidencia política, estructura organizativa y poder coercitivo y haciendo uso de una ética capitalista en la que el cuerpo pasa a ser una mercancía y el ejercicio del terror es un trabajo aceptado y deseable. Valencia (2010) refuerza esta idea, citando a Resa (2003) “El crimen organizado es, sin duda la forma más desarrollada y depurada de empresa en un mercado incontrolado, o mejor dicho, controlado por una élite, donde el dinero otorga la única fuente legítima de poder, que sus acumuladores ejercen arbitrariamente” (p.100-101)

La filósofa continúa explicando que la relación entre los estados paralelos (oficial y criminal) no está solo en el beneficio económico que generan los aportes de la criminalidad el PIB; sino también en la construcción de un orden social a través del miedo. Alrededor del terror que infunde la ilegalidad se construye un discurso de inseguridad, proteccionismo y lucha contra el crimen, que narra a los territorios y su población desde la patologización y la criminalización, y justifica un estado de excepción constante que permite mantener el orden social impuesto. Sobre este asunto Valencia (2010) argumenta:

Tal y como hemos expuesto, en México el narcotráfico y la criminalidad en general desempeñan más de un rol que beneficia al Estado. Ya que, por un lado, representan una parte elevada del PIB del país y por otro lado, el Estado se beneficia del temor infundido en la población civil por las organizaciones criminales, aprovechando la efectividad del miedo para declarar al país en estado de excepción, justificando de esta manera la vulneración de los derechos y la implantación de medidas autoritarias y de vigilancia cada vez más invasivas. También a través de la declaración del país en estado de excepción se justifica el desmantelamiento del Estado del bienestar, la eliminación de recursos como uno de los primeros precios a pagar en pro de la seguridad (p. 19)

Además, Sayak explica que el capitalismo impuesto por el primer mundo, crea en los individuos del tercer mundo; necesidades materiales y simbólicas, deseos de consumo y aspiraciones vitales, que, en medio de contextos precarizados son muy difíciles de suplir; una de las opciones más factibles que les ofrece el mundo para lograrlo es el *necroempodaramiento*, es decir, acudir al ejercicio de la violencia como medio para responder a tales exigencias. Por lo que

surgen, las nombradas por la autora *subjetividades endriagos*¹¹, sujetos que, dentro de contextos neoliberales precarizados, acuden a prácticas perversamente violentas como posibilidad de sobrevivir materialmente, reafirmar su virilidad y obtener poder y reconocimiento, ante el mundo del consumo y del patriarcado. En el siguiente fragmento la autora ahonda sobre tales subjetividades:

Dado lo anterior, resulta cuanto menos lógico que los sujetos sometidos empiecen a cuestionarse la coherencia y la infabilidad de ese orden. Que empiecen también a reclamar un empoderamiento, a ejercer sus posibilidades destructoras como motor de creación de capital y enriquecimiento, por medio de la instauración de una subjetividad transgresora que no coincidirá con la subjetividad de los triunfadores ni la de los resignados, sino que excederán los marcos de las teorizaciones sobre las subjetividades contemporáneas, creando una subjetividad endriaga, que tendrá como base “el buscar modos de acción ilegítima y de autoafirmación para exorcizar la imagen y la condición de víctima” Acciones que generarán “demandas de orden y represión”. (Valencia, 2010. p. 58)

Sumado a lo anterior, hay dos características importantes de señalar que la filósofa le otorga a los *endriagos*, son emprendedores y revolucionarios distópicos. Emprendedores, porque por medio de negocios criminales como el narcotráfico, encarnan las características del sujeto ideal neoliberal; con creatividad incrementan las ganancias sin importar los medios usados para esto, internacionalizan el mercado y cortan los gastos de impuestos y contribuciones, en definitiva, se hacen cargo de sí. Son revolucionarios distópicos porque buscan apropiarse del poder de cualquier manera, pero su intención no es ningún cambio estructural, al contrario, utilizan las mismas armas y reproducen la misma episteme de la violencia encarnada por el Estado.

En vista de todo lo anterior, en los próximos dos apartados hablaré sobre la economía de las drogas en Medellín y su vinculación con el capitalismo gore, para posteriormente reflexionar sobre los efectos de estas estructuras sobre algunos sujetos callejeros.

¹¹“El término endriago lo retoma del ámbito literario del cuarto volumen de la novela medieval, Amadís de Gaula, en la que se describe al endriago como un monstruo cruce de hidra y dragón, que se caracteriza por su gran estatura, la facilidad de movimientos y su condición bestial.” (Mendoza, 2018)

2.2 Medellín, una ciudad construida sobre el narcotráfico

En Medellín hay oferta de drogas a la luz del día, en cada barrio y en muchas zonas en cada esquina hay una plaza, una olla o un jibaro. Su distribución es cotidiana en los territorios, muchos de sus habitantes venden, consumen, cuidan o administran drogas, quienes acuerpan el negocio del microtráfico están legitimados ante las comunidades, a veces por su poder, pero también muchas veces por los afectos; porque el jibaro, el carrito o el duro son a la vez el primo, el amigo, el novio. En este sentido, los jóvenes tienen acceso a ellas desde temprana edad. Para varios de quienes crecimos aquí es familiar la imagen del marihuano de la esquina, del vicioso del barrio que se pierde cada tanto y llega *cada vez más acabado*, la cantaleta de la familia al adolescente que está consumiendo, la historia del joven que roba las ollas de la casa para venderlas y comprar bazuco y paralelo a esto la imagen aterradora de la golpiza que le dieron “los muchachos” para que aprenda a respetar lo ajeno, los mismo muchachos que le venden el bazuco desde que tiene 15 años. Es parte del paisaje cotidiano y normalizado ver a un niño de 11 años con un bareto encendido caminando por el barrio, también es común escuchar en ciertas calles principales “*ruedas, perico, pepas, crespas*” mirar hacia atrás y ver en la esquina a un policía que también lo está escuchando.

En cuanto a drogas, la calle no se queda atrás, al contrario; los lugares del centro de Medellín en los que inicié el trabajo de campo, me olían siempre a orines y drogas. Con la cotidianidad en este territorio fui descifrando sus matices: al conducir por la avenida San Juan, basta con recorrer más de 4 cuadras para que el olor a bazuco inunde el espacio; los bordes del río Medellín exhalan una mezcla entre sacol, crespas y bazuco; en Los Puentes, la fragancia es similar, pero se le suma un olor que nombro “a mugre”; mientras que en la Avenida la playa solo se siente la marihuana y Niquitao que olía tanto a bazuco, ahora hede a orines. Las personas con las que he interactuado a lo largo de esta investigación, en su mayoría son consumidoras y los espacios y escenarios que concurren y habitan están atravesados por el microtráfico

2.2.1 Narcotráfico: consolidación del terror y creación del narco-estado

No es gratuita la frecuencia ni la normalización de las imágenes que acabo de describir, la historia de la ciudad ha estado atravesada por la criminalidad y el narcotráfico. Desde los años 50, en un contexto una recesión económica nacional, crecimiento demográfico desbordado, aumento

del empobrecimiento, incremento de la criminalidad y poco control estatal, Medellín incursionó en el tráfico internacional de drogas con la exportación de Marihuana y cocaína para la Habana. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017). Como lo plantea Alzate (2014), desde estos años, el narcotráfico empezó a convertirse en “un nuevo mecanismo de subsistencia y ascenso social, como en un motor dinámico de la economía” (p.54)

Además, en las dos décadas siguientes, el incremento de la demanda de cocaína hacia Estados Unidos coincidió con un crisis política y económica en la ciudad caracterizada por: el decaimiento de la industria textil local, un acelerado proceso de urbanización, un debilitamiento de la administración pública y altos índices de desempleo; todo esto convirtió a este negocio en una buena salida para distintos sectores de la población, por lo que de manera generalizada fue legitimado.

Tal crecimiento que convirtió a Medellín en la principal exportadora de cocaína, vino de la mano del aumento de la corrupción y de una oleada de violencias en incremento, que ubicaron a la ciudad en el primer puesto en índices de violencia el país y la posicionaron como la más violenta del mundo. (Alzate, 2014, p.51 - 52).

Durante la década de los 80, se consolidaron los grupos armados del narcotráfico, sus acciones no se le limitaba a la comercialización de estupefacientes, pues para esto era necesario posicionarse socialmente, ganar control territorial y poblacional y administrar la violencia, por lo que en esta década se conformaron varios tipos de organizaciones con funciones diversas, que a su vez fueron formando una red de criminalidad, entre esas: bandas, sicarios, comandos con tareas especializadas y escuadrones de la muerte (Espinal et al.,2007, p. 119). En pro de su funcionamiento, dichos grupos cooptaban el interés de los ciudadanos comunes que asumían el riesgo de participar, bajo el interés de encontrar ganancias económicas y prestigio, así se difundieron conocimientos en actividades ilegales y se esparció la figura del sicariato, como herramienta para saldar deudas, tomar venganzas y finiquitar conflictos.

En tal década apareció la figura de Pablo Escobar¹², quien adquirió un poder de gran magnitud y un reconocimiento social del que aun hoy hay vestigios, este personaje abanderó un discurso de redistribución de la riqueza y justicia social que articulaba con acciones asistencialistas; logrando tener la simpatía y la aprobación política de varios sectores, principalmente los

¹² Líder del Cartel de Medellín, estructura criminal dedicada al narcotráfico, con grandes alianzas internacionales, que se declaró en guerra contra el Estado Colombiano, bajo un discurso de reivindicación social y antimperialista (Martin 2014)

empobrecidos. Además, en cabeza del Cartel de Medellín, incrementó la inversión de dineros ilegales en sectores legales como la inmobiliaria, la ganadería, y el comercio, generando un gran movimiento de la economía.

Una evidencia de la relevancia de la figura de Pablo Escobar y el Cartel de Medellín en la consolidación de la criminalidad, es el hecho de que aun hoy siga teniendo incidencia en el imaginario común y en las mafias, de esto da cuenta el siguiente testimonio de E:

E, era un ladrón del centro, pero también un trabajador de Pablo Escobar, le pregunté que si era signo escorpión por un tatuaje que tiene y me dijo “sí soy escorpión, pero esa es la marca del alacrán, de que trabajé con Pablo Escobar, así cuando me cogen por ahí no me matan, porque estoy marcado, pero si no tuviera esa marca, me pelaban”, en ese momento pensé en Leidy, una de las callejeras que trabaja robando en el centro y que siempre habla de Pablo Escobar como su patrón y como el héroe que daba casas a los pobres. (Diarios de campo, 2020)

Pero, no solo las poblaciones empobrecidas encontraron posibilidades en el narcotráfico, las clases medias y altas, vieron en esta economía criminal una forma efectiva de incursionar en el mercado global, cosa que, por medio de la economía legal no hubiese sido posible en ese momento económico de la ciudad. Entonces, un sector amplio de la economía formal e informal, se vinculó con dineros provenientes de este negocio con el propósito de aumentar su capital, generándose así intrincadas relaciones entre economías criminal, legal e informal que aun hoy se mantienen. El economista Gustavo Duncan, explica de la siguiente manera la influencia del narcotráfico en los distintos tipos de economía de la ciudad para ese momento:

También comenzaron a surgir nuevos millonarios quienes se convirtieron en un grupo de peso en la economía local no solo por los recursos que controlaban sino por la cantidad de empleo sin calificación que demandaban en sectores como la construcción y el comercio. Al financiar la capacidad de estos sectores el narcotráfico había creado unas bases sólidas entre la población. Si se necesitaba organizar una movilización en contra de la policía, incumplir cotidianamente la ley, respaldar votaciones para elegir políticos que influyeran en decisiones favorables al narcotráfico o si simplemente se necesitaba demostrar ante el resto de la sociedad la importancia social de los mercados informales había ahora un volumen importante de población dispuesta para la tarea. (Duncan, 2013, p. 249)

Así, en sus primeras cinco décadas de existencia, la economía del tráfico de drogas logró la consolidación de lo que Sayak llama un *narco-estado*, recordemos que con este término la autora se refiere a Estados en los que la criminalidad en su faceta de tráfico de drogas, alcanza una fuerte incidencia política, económica y cultural. Precisamente, el alto grado de legitimidad social y económica que alcanzó el narcotráfico, como estructura criminal, con capacidad de producir capital, ordenar y administrar justicia, (Espinal et al.,2007, p. 119) puso en jaque a la legitimidad del Estado, obligándolo a entrar en negociaciones, pues un espectro amplio de la sociedad dependía de este negocio y lo defendía

Muestra de lo anterior es el hecho de que; en los años ochenta el Cartel de Medellín declaró una guerra directa contra el Estado que ejecutó mediante; atentados a empresarios, funcionarios públicos, periodistas y policías, acompañados de una imposición social del terror, la desestructuración de tejidos comunitarios y la eliminación de organizaciones y proyectos de izquierda. Sin embargo, para ese momento los límites entre lo legal y lo ilegal eran tan difusos que la respuesta Estatal fue una alianza con otros narcos para combatir los ataques.

Pero esta interrelación entre poder estatal y criminalidad no fue únicamente una situación obligada por la presión violenta de la ilegalidad, sino también un vínculo estratégico que beneficiaba a la institucionalidad, porque sumado a la rentabilidad que producía, el narcotráfico se convirtió en una herramienta de clientelismo para funcionarios públicos. Además, esta estructura ilegal, aunque por momentos se disputaba el control con el Estado, por otro lado, lo beneficia, pues, con la imposición del miedo y el control de la vida en los territorios, la criminalidad contribuye a mantener la dominación y las condiciones precarias de vida, ya que, como lo plantea Valencia (2010), citando a Resa (2003) “lo ilegal trabaja fuera de la ley pero al servicio del poder, “(p. 22)

Para poder consolidarse, el *narco-estado* necesitaba instaurar un imaginario social que lo legitimara, el cual debía afirmar que, la participación en la criminalidad y la personificación de formas mafiosas, además de ser rentable, es admirable, pues como lo plantea Duncan (2013):

La mafia es en sí una oportunidad de hacer carrera en una organización que se especializa en la producción de poder. La mafia amplía su espectro de regulación hasta abarcar el orden de la sociedad los atributos necesarios para pertenecer a una organización mafiosa se convierten en atributos para alcanzar una posición social superior. Más aun, tener habilidades tempranas en el ejercicio de la violencia, hacer parte de subculturas criminales

y estar dispuesto a arriesgar la vida llegan a ser en situaciones de dominio mafioso medios efectivos de poder. (p. 242)

En este sentido, el *narco-estado* ha construido un ideal de sujeto que salda las exigencias capitalistas por medio del ejercicio de la violencia desmedida, y ha permeando la cotidianidad y el sentido común con las lógicas de capitalismo gore, que mercantilizan la vida.

Cabe resaltar que la fertilidad del narcotráfico en Medellín no fue fortuita, precisamente por sus condiciones críticas social, política y económicamente; el capital producido por las drogas logró una inclusión y dinamización social y mercantil en sectores marginados, que, el Estado - como principal actor regulador y proveedor - no había conseguido (Raffo, L & Calderón, D, 2017). Sin las condiciones de pobreza presentes al momento de su llegada, el narcotráfico seguramente no hubiera prosperado tanto como lo logró, porque como lo plantea Valencia (2010) “Así, el capitalismo, en su versión gore, surge de la pobreza y no solo de los elementos gore en sí mismos [...] ya que la economía es una forma de violencia” (p.58).

Pero, si bien es cierto que antes del narcotráfico, la ciudad ya tenía esa característica esencial del capitalismo gore que es la precarización de la vida a causa de la violencia económica y estatal, también es cierto que el tráfico de drogas fue fundamental para la instauración de una lógica y unas prácticas ultraviolentas -propias del capitalismo gore- en la estructura social. En la medida en la que el narcotráfico se instauró con más fuerza, fue anulándose el valor de la vida y especializándose la violencia, pues, como lo plantea Valencia, aunque este es el negocio neoliberal perfecto porque identifica las oportunidades, las conduce a su favor, maximiza las ganancias sin necesidad de una regulación estatal, en medio de tal propósito no se fija en cual es el producto ni los medios y mucho menos en sus consecuencias.

En síntesis, el narcotráfico, que inició como respuesta de una ciudad tercermundista a la demanda hedonista del primer mundo y como opción para el sustento material de muchas vidas marginales, se convirtió en el centro regulador de la política y la economía, en la herramienta de muchos para aproximarse a los modelos de vida capitalistas, en el delimitador de la posición social en una ciudad precaria y en el causante del derramamiento de mucha sangre.

Esta estructura de poder ha sido un eslabón esencial en la consolidación del capitalismo gore en la ciudad, a partir de ella; se desdibujaron los límites entre lo legal y lo ilegal a la vez que el Estado olvidó los pactos éticos; se instauró una violencia cotidiana y normalizada que

desvaloriza la vida; se reforzaron las aspiraciones capitalistas y se vendió generalizadamente la idea de que la ejecución del terror es una manera válida de obtener prestigio

2.2.2 Microtráfico: de exportadores a consumidores

Iniciando el siglo XXI, el tráfico de drogas en la ciudad dio un giro, debido a: la desaparición de los carteles, la guerra contra las drogas, la persecución a los narcotraficantes y los impedimentos para exportar, el negocio se diversificó, apareciendo lo que, en términos acuñados por la Policía Nacional de Colombia, es el *microtráfico* y el *narcomenudeo*; definidos por Alvarado (2013) así:

El primero hace parte del subsistema del tráfico de drogas que abastece de cantidades importantes de drogas ilícitas a las organizaciones de las ciudades encargadas del suministro sistemático de drogas en pequeñas cantidades, con embalaje, pureza y periodicidad definidas. Por su parte, el narcomenudeo es la organización empleada para el suministro de drogas en pequeñas cantidades, encargado de satisfacer las necesidades de los consumidores de drogas, comercializados en “puntos de venta”. (p.5)

Además, para este momento la estructura criminal de la ciudad había cambiado y nuevos actores estaban en escena. En los 90 las guerrillas urbanas - que venían acercándose a la ciudad desde los 70 – tomaron fuerza, sumándole a las milicias independientes que ya existían, otros grupos de vigilancia y gestión comunitaria e incursionando con campamentos de formación política y militar (Centro nacional de Memoria Histórica, 2017).

En respuesta a eso, las AUC (Autodefensas unidas de Colombia) crearon el Bloque Metro (BM), dirigido por el exoficial del ejército Carlos Mauricio García, tenían como objetivo incursionar desde el oriente y el nordeste antioqueño a la capital del departamento para parar la arremetida guerrillera. Este bloque en alianza con actores ya establecidos en la ciudad como la Oficina de Envigado y algunas bandas criminales, y por medio de la subcontratación de hombres para labores bélicas, se propuso acabar con la arremetida guerrillera y tomar el control territorial y del narcotráfico, en medio de tales asociaciones y múltiples enfrentamientos, el BM desapareció y nació en el 2001 el BCN (Bloque Cacique Nutibara) con iguales propósitos, pero considerado por los mandos, más apto para lograrlos.

La formación del BCN marcó un hito en la historia de la criminalidad de Medellín porque generó un cambio en la forma como había funcionado el conflicto, pues este Bloque, no era una organización completamente jerárquica y estructurada, sino que funcionaba por medio de muchos grupos más pequeños con cierta autonomía, tenía como objetivo tomarse la ciudad y las estrategias que usó para esto fue eliminar a los grupos milicianos presentes y someter y coaptar a las bandas. Además, la organización recogió sujetos y formas de operar de distintos bandos ya existentes en la Medellín: autodefensas urbanas, narcotráfico, bandas y contrainsurgencia Espinal, Giraldo y Sierra hacen un análisis del conflicto de la ciudad partiendo de la configuración y los modos de operar de esta estructura y explican su conformación así:

Retomando las experiencias de los anteriores movimientos armados ilegales que tuvieron presencia en la ciudad, y asimilando los resultados de todas las guerras y de todos los procesos de negociación adelantados por ellos, el BCN apeló a las redes mafiosas de las oficinas y el narcotráfico para desplegar una estrategia de dominio territorial que le permitiera lograr el monopolio de la coerción en aquellos espacios donde operaban milicias o bandas. La adquisición de este monopolio se convierte en una herramienta central para copar los mercados de seguridad, proteger las actividades relacionadas con la economía ilegal, invertir en actividades legales, que son susceptibles de ser controladas por el crimen organizado e insertarse en la vida cotidiana de las comunidades como un agente de regulación y contención política (Espinal et al.,2007, p. 127)

La nueva forma de estructuración de la criminalidad introducida con el BCN, fue ideal para la comercialización interna de drogas, pues su control territorial al no depender de una única estructura, sino de pequeños grupos o nichos con cierta autonomía para decidir; permitió ventas dispersas pero constantes y controladas y facilitó la expansión comercial dentro de la ciudad, por tanto, aumentó la rentabilidad.

Aunque el Bloque Cacique Nutibara, entró en negociaciones con el Estado y se desmovilizó en el 2003, como lo explican Espinal, Giraldo y Sierra (2007), solo unos nodos fuertes se desmontaron; al ser una red con distintos núcleos e intereses, no todos entraron dentro del cese, varios de los grupos continuaron con su accionar y han ido integrándose a otras estructuras vinculadas completa o parcialmente con el paramilitarismo. Por lo que el funcionamiento reticular del crimen y por tanto del microtráfico sigue en pie en la ciudad, aunque muten las estructuras y sus dirigentes.

Pero, los cambios que se dieron en el tráfico de drogas a nivel organizativo y de distribución, no representaron una ruptura total con las formas en las que venía operando el narcotráfico; al contrario, muchos de los propósitos y modos de operar se mantuvieron o agudizaron.

Precisamente, la abundancia de unas subjetividades violentas con experiencia en la ejecución del terror que se consolidaron en los inicios del narcotráfico y de pequeñas bandas delincuenciales y otros grupos armados como las milicias; en un ambiente –de amenaza contra la organización comunitaria, alza de homicidios que posicionaban a la ciudad como la más violenta de Antioquia¹³ y una institucionalidad que no contaba con los recursos para atender la crisis, hicieron de Medellín un nicho apropiado para que la criminalidad dispersa se expandiera y acentuara.

Este cambio en el funcionamiento del tráfico de drogas, tampoco condujo a una ruptura de las relaciones con el estado, al contrario, continuaron existiendo pactos entre el gobierno y los poderes ilegales paralelos, por distintos medios: con vínculos directos con funcionarios públicos, con la omisión consciente de las instituciones o con las negociaciones a las que se veía conducido el gobierno ante su incapacidad para acabar con los disputantes. Pero esto no es de extrañar si se tiene en consideración lo expuesto por Raffo y Calderón (2017) sobre los objetivos de las organizaciones ilegales, los autores dicen:

El objetivo político y de seguridad de las organizaciones ilegales de microtráfico es el dominio del territorio con el propósito de ejercer control político, económico, social y militar, para disuadir y evadir a las autoridades de control y burlar la ley. Para ello, los empresarios ilegales han diseñado diversas y sofisticadas estrategias de dominio paramilitar, político y económico, empleando varios tipos de mecanismos de soborno, extorsión, corrupción, incluso la reconfiguración cooptada del Estado (Garay y Salcedo, 2012) y la corrupción de otras instituciones democráticas. El resultado de todo esto es la diversificación del riesgo en la ejecución de las actividades ilícitas, y una creciente resiliencia de las organizaciones ilegales (p.32)

¹³ “La disputa armada por la hegemonía condujo pronto a que la región de Medellín se convirtiera en la más violenta de Antioquia, y luego del país, y produjo una reversión en la tendencia de la tasa de homicidios que venía descendiendo desde la muerte de Escobar. Para el momento culmen de este enfrentamiento, en el 2002, la región de Medellín presentaba el 81% de los homicidios, el 93% de las masacres y el 70% de los secuestros de Antioquia³². En ese entonces, según las autoridades militares, Antioquia concentraba el 25% de las acciones armadas vinculadas al conflicto nacional” (Espinal, Giraldo, Sierra, 2007)

La organización en red contribuyó también a que estos actores se apropiaran de otros modos de renta como: la extorsión, el sicariato, las vacunas, el control de rutas de buses, el lavado de dinero en diferentes negocios comerciales del centro de la ciudad y el monopolio del mercado de algunos productos de la canasta básica familiar (arepas, pollo, lácteos). Con esto, se afianzó más la relación intrincada que venía construyéndose entre economía informal, ilegal y formal, por tanto, se fue haciendo más difícil la erradicación de la criminalidad.

Un factor del que poco se ha hablado más allá de la insistencia en los procesos de rehabilitación y en el estigma, y que fue impulsado precisamente con la llegada del microtráfico y el narcomenudeo; es el consumo problemático de sustancias psicoactivas, el consumo interno en Medellín, empezó a aumentar desde la primera década de los 2000, de lo contrario no habría sido rentable su distribución¹⁴

En ese sentido, desde el giro del negocio hacia la distribución interna en pequeñas cantidades; para la criminalidad no son indispensables únicamente lo *sujetos endriagos*, que abanderan y ejecutan la violencia y la desvalorización la vida y que surgieron desde antes de la aparición del microtráfico, sino también los consumidores y aún más los consumidores problemáticos, pues representan un gran ingreso y pueden jugar diversos roles en la cadena de distribución, muchos incluso sostienen el mercado con su propia sangre y tiempo de vida.

Entonces, el narcotráfico, además de instaurar una *narco-nación*, precarizar la vida y fomentar la ejecución del terror, a partir de su hegemonía en los territorios y de la distribución masiva de sustancias psicoactivas a nivel interno; hizo que todas las condiciones estuvieran dadas para que el fenómeno del consumo problemático de drogas creciera en la ciudad

2.2.3 El tráfico de drogas en territorios necropolíticos

“producir cuerpos muertos, mutilados o vejados como una forma de mercancía que abre, mantiene y se justifica en el proceso de la oferta y la demanda del nuevo capitalismo” (Valencia, 2010, p.85)

¹⁴ Según un informe del Ministerio de Justicia sobre microtráfico y narcomenudeo en el país, el consumo de sustancias psicoactivas en jóvenes ha venido en aumento desde la década de los 2000 https://www.odc.gov.co/Portals/1/Docs/oferta/FICHA-MICROTRAFICO-NARCOMENUDEO_oct_2013.pdf

La calle no estuvo desvinculada de los giros que tuvo el narcotráfico, al contrario, la venta y el consumo de drogas parecen enfurecerse allí. Solo en el área que va desde la avenida de Greiff a la altura de la Plaza Minorista hasta el museo de Antioquia, hay 4 cuadras llenas de personas consumiendo en los andenes, un sujeto distribuyendo en cada esquina y dos cuadras completas de chazas hechas con bolsas de basura, donde venden “de todo” excepto heroína. En Niquitao en apenas tres cuadras, ubicadas justo en la intersección de dos de las principales calles del centro (San Juan y la Avenida Oriental) puede haber cotidianamente, 30 personas aproximadas consumiendo, más otras 50 repartidas por toda la manzana.

Lo anterior está ligado a la aparición, en los inicios de siglo, de las llamadas por Raffo y Calderón (2017), *Zonas de impunidad*, áreas de distribución y consumo de drogas a cielo abierto, toleradas tanto por la población como por la institucionalidad; en las que confluyen otros tipos de negocios informales e ilegales¹⁵. Dentro de esta categoría caben los territorios necropolíticos sobre los que hablé en el capítulo anterior.

En dichas *zonas de impunidad* o territorios necropolíticos, la comercialización de drogas es esencial, por lo que, todo el tejido social debe dirigirse en su provecho y muchas de las reglas de la calle están adecuadas a su conveniencia.

En ese sentido, quienes encabezan el negocio imponen un orden, deciden quien pueden y quien no habitar con regularidad una calle según el tipo de sustancia que consuma; también determinan que sujeto es sospechoso; y tienen la potestad para asesinar al que consideren, y en suma, son los encargados de administrar el espacio, la justicia y el comercio en general.

Además, el valor de la vida allí es directamente proporcional al lugar que se ocupe dentro del microtráfico y el narcomenudeo. Allí hay unos sujetos fantasmas que emiten ordenes – casi siempre desde la cárcel o desde sus fincas - a quienes ejercen un poder más palpable en el territorio; estos dos eslabones tienen la capacidad de contratar, ordenar, poner condiciones para habitar el espacio y asesinar a quien deseen. Les siguen, los sujetos que ponen el cuerpo más directamente y corren un riesgo mayor de ocupar una cifra dentro de la guerra contra las drogas; los que distribuyen y vigilan el área. Por debajo de todos ellos están los demás seres que la habitan: vendedores informales, ladrones, prostitutas, recicladores, consumidores.

¹⁵ . Tales áreas surgieron después de ejecutada la medida institucional fallida que consistía en desalojar las *Casas de vicio* para acabar con la criminalidad, sobre esta medida hablo en el 1 capítulo del texto.

En concordancia con la historia del narcotráfico en Medellín, alrededor de la economía de las drogas en el centro, convergen varios actores y nodos del conflicto que, al igual que las estructuras que iniciaron con el BCN, funcionan como una red con trabajos compartidos y ciertos grados de independencia. Entre los actores que pude identificar en campo están: bandas criminales, la oficina de envigado, La Terraza e individuos que trabajan ilegalmente pero como independientes.

Incluso, en la calle todavía operan las *Convivir* (*Cooperativa de Vigilancia y seguridad privada*) grupos de seguridad privada creados por el gobierno en 1995 para asumir la crisis de violencia del país. Sus miembros estaban autorizados para portar armas y equipos que antes estaban restringidos para las fuerzas militares, pero, debido a los abusos ocurridos contra la población civil y los nexos con el paramilitarismo, fueron desmontados legalmente en 1997 (Centro Naciones de Memoria Histórica, 2017). Sin embargo, en el centro de Medellín siguen funcionando, se encargan de vigilar, evitar los robos en ciertas zonas, cobrar vacunas, mediar conflictos a sus maneras y controlar que no haya sucesos ni personas que sean amenazantes para la criminalidad, operan como una suerte de policía para el microtráfico y el narcomenudeo y están permeados por ideologías paramilitares, por lo que también controlan la aparición de cualquier manifestación que pueda considerarse de izquierda dentro de sus perspectivas.

Como he venido mencionando a lo largo del texto, la calle es un territorio necropolítico en el que se agudizan todas las problemáticas de la ciudad y en el que la violencia claramente está normalizada por quienes lo habitan, por el resto de la ciudadanía y por el Estado; pareciera que todo allí está permitido. En ese sentido, el microtráfico -que es constitutivo de la episteme necropolítica- en ese espacio toma más fuerza y adquiere matices que no se presentan comúnmente en otras zonas de ciudad, no solo por la cantidad de renta que genera, sino también por el nivel de sadismo de sus prácticas, por la injerencia tan fuerte que tiene en la organización social y por las características de los usuarios comunes que son seres tachados socialmente como residuales. A continuación, hablaré sobre cómo se inscribe esta estructura de poder sobre los cuerpos callejeros.

2.3 “¿Cómo putas logra este ilegal e incomprendido polvo ser lo único que comprende mi existencia?”: drogas y cuerpos callejeros

En consonancia con lo anterior, hay unos cuerpos producidos por el necropoder para sostener el microtráfico y el narcomenudeo en la calle, porque como lo explica Valencia, la necropolítica consiste sobre todo en una inscripción sobre los cuerpos que los convierte en mercancías a su servicio. Unos de estos cuerpos son los que ejecutan el terror para mantener el orden que el poder impone y otros sostienen el microtráfico desde un consumo, que en muchos momentos padecen.

En este punto el texto debo aclarar que, lo que narraré a continuación es producto de interacciones limitadas y enfocadas hacia un propósito investigativo, soy consciente de que las personas con las que me crucé son seres múltiples y complejos, que encarnan la contradicción que es la calle como me advertía X “acá hay que ver las dos caras de la moneda siempre, para usted que está estudiando esto, le aconsejo, vea lo bueno y también vea lo malo”, también tengo claro que mi visión es restringida, solo alcancé a vislumbrar una pequeña faceta de sus existencias. Por tanto, no quisiera ser determinista, ni reducir a los sujetos a su interacción con el narcotráfico y mucho menos al sentimiento de dolor o la ejecución del terror, mi pretensión no está en ahondar en sus vidas o juzgarlas; lo que busco exponiendo sus historias, es mostrar los intereses y efectos del microtráfico como estructura de poder en los cuerpos.

Los sujetos de los que hablaré, no se encontraron con las prácticas de una ciudad gore solo al empezar a habitar la calle, ellos han vivido desde siempre las consecuencias del capitalismo descarnado; sus biografías suelen estar atravesadas por las violencias, el empobrecimiento y el dolor, generalmente, han tenido pocas opciones para elegir y el narcotráfico, la violencia y la criminalidad, han hecho parte de sus cotidianidades. Con los anteriores, no pretendo dibujarlos como víctimas o justificar sus actos en una falta de agencia, sino señalar lo que hay de sistémico en sus historias y enfatizar en que el mundo no ha dado tregua a sus existencias.

Como mencioné en el apartado anterior, el narcotráfico en su momento actual necesita principalmente dos tipos de sujetos para sostenerse, unos que ejecuten el terror y sean mano de obra y otros que consuman, claro está que estos roles no son excluyentes y los límites son porosos, aún más en la calle. Inicialmente hablaré sobre trabajadores del narcotráfico, a quienes he venido nombrando como *sujetos endriagos*, y después sobre callejeros que son consumidores problemáticos.

2.3.1 *Habitar el terror: “a mí nadie se ha atrevido a fumarme”*

Sayak argumenta que los *sujetos endriagos* responden a las demandas consumistas del capitalismo empoderándose con prácticas sádicas y les otorga tres características principales:

Por una parte, se reapropian las herramientas del poder (gestionadas por el estado) por medio de la violencia para necroempoderarse y cumplir a través de este empoderamiento las demandas neoliberales de hiperconsumo. Por otra parte, a través del necroempoderamiento cuestionan la eficacia de la sociedad disciplinar tal y como se ha venido entendiendo. Finalmente, estos sujetos han surgido de la población (cada uno en un contexto específico y geopolítico) a la que pertenecemos la mayoría de sujetos sujetos, en la cual se engloban también aquellos que fraguan estrategias de resistencia no distópicas. (Valencia, 2010, p. 149)

Efectivamente, durante la historia del narcotráfico se han configurado este tipo de subjetividades, violentas, hiperconsumistas y en disputa por el poder, podemos encontrarlas en distintos territorios de la ciudad y ocupando puestos variados en el tráfico de drogas, incluso, hacen parte de la organización social de la calle, ocupando rangos medios y altos en el microtráfico.

En la calle me encontré con algunos sujetos que podrían considerarse *endriagos*, principalmente quienes ocupan un rol en la criminalidad y en el tráfico de drogas desde un eslabón bajo, sin mucho poder de decisión en cuestiones estructurales, pero con la capacidad de dar órdenes en el territorio y poniendo el cuerpo directamente para el ejercicio de la violencia. Afirmo que son *endriagos* porque, por medio de prácticas gore y subvirtiendo el valor de la vida, se ganan un lugar en el territorio que habitan y responden a la demanda de virilidad propia del contexto. Pero esta afirmación tiene sus matices, pues como lo planteaba en el apartado anterior, el microtráfico en la calle se manifiesta de formas distintas a las del resto de la ciudad.

En el espacio necropolítico que es la calle, se consumen los cuerpos y es cotidiano el sadismo, pero, la lógica que opera no es la del acceso al mercado y al derroche de objetos, el capital que queda en manos de quienes habitan allí es limitado, alcanza para tener satisfechas necesidades elementales y tener un excedente mínimo que permita cierto estatus. Por lo que he observado en campo, diría que allí no operan las mismas lógicas de consumo que en el resto de la ciudad, sí hay una necesidad de prestigio que lo da la fuerza y la violencia, pero respecto a esta, el tener bienes

materiales pasa a ser medidores secundarios, además, los horizontes de vida son otros y las estéticas también.

Pese a lo anterior, considero que en estas subjetividades opera una lógica similar a la del arquetipo de sujeto descrito por Sayak Valencia, porque, aunque no hay una pretensión de hiperconsumo, pues el contexto no lo amerita, sí existe un deseo de posicionamiento social por medio de las necroprácticas. La violencia en este contexto está impuesta tan profundamente que el ejercerla no es solo algo necesario, sino también deseado como herramienta para ocupar un lugar de poder.

Además, aunque no siempre de una de una forma explícita y premeditada, los *endriagos* callejeros, cuestionan la efectividad del modelo social, por un lado, porque las estructuras en las que participan conducen al estado a las negociaciones de las que hemos venido hablando, por otro – y esto lo digo sin el ánimo de romantizar- porque sus cotidianidades, rompen con mandatos sociales como los referidos a la estética, el consumo, el trabajo y el hogar, a la vez que su presencia incomoda porque hace muy explícitas las contradicciones sociales y la violencia que opera en la ciudad.

Sujetos endriagos, cuando pienso en esa categoría que es tan amplia y a la vez tan limitante y caricaturesca, (como casi todas, cuando de acercarse a la realidad se trata) pienso en X, un sabio callejero que ha pasado toda su vida en las calles de Medellín jugando varios papeles, ladrón, trabajador de Pablo Escobar, jibaro...pero en todos - como él lo dice - ha estado peleando contra el Estado “yo siempre he vivido peleado con la ley, la gente no sabe lo que hacen acá los que están en el poder, ellos hacen acá sus vueltas. Si yo les contara ustedes se quedarían aterradas” (Diarios de campo, 2020).

X se ha ganado un lugar en el mundo a fusil y puño, cuenta con orgullo “esa cuadra de allá la cuidan varios manes, esta la cuido yo solo, imagínese cómo soy de bravo”, también se ufana de que la semana anterior le rajó el brazo a un hombre que estaba generando mucho desorden al frente suyo y culmina heroicamente diciendo “a mi nadie se ha atrevido a fumarme (matarlo), yo les digo, venga hágale, deme que estoy limpio, pero les da miedo”. En los seres que habitan la calle, probablemente ronde siempre la pregunta que enuncia Sayak ¿dañar o que me dañen?

Pero su papel no se limita a la ejecución del terror, sino también – bajo las formas de la calle- al cuidado de la vida, por eso resguarda lo que él llama su “Guardería”, un grupo de personas consumidoras de basuco y sacol que están en la escala más baja del orden social de la calle, los que

duermen en los andenes y no están vinculados directamente a ningún grupo criminal, los catalogados por muchos como “desechables”, por tanto eliminables, estos saben que pueden ubicarse frente a X a consumir para estar seguros de que no les pasará nada, pues quien se atreva a agredirlos tiene que vérselas primero con él.

Ellos también son personas y todo el mundo quiere hacer lo que se le da la gana con ellos, eso no me gusta” dice X, mientras nos cuenta que para tener su guardería debe mantener el orden, dejar claro que se deben comportar y evitar que hagan escándalos, para no meterse en problemas ni con las Convivir, ni con la policía, “miren ese de allá como está de calladito, la semana pasada estaba todo loco haciendo escándalo y lo metí en un balde de agua con electricidad pa que entendiera”, el hombre al que se refería estaba sentado al frente suyo, sonriendo y con aspecto de sentirse seguro en ese lugar. (Diarios de campo, 2020)

Con la idea de los sujetos endriagos también evoco la vida la Leidy, una callejera, parte de la colectiva, a la que asesinaron en el centro de Medellín el año pasado. Vivía cerca al Museo Casa de la Memoria, en el seguramente nunca va a tener un lugar, porque las callejeras no hacen parte ni siquiera de las memorias de la guerra. Era lesbiana, pero la nombraban cacorra, era tan apasionada en pelear como en reír, le indignada la falta de palabra, decía “si Pablo Escobar estuviera vivo todos tendríamos casa, sueño con que todos los de la calle tengan una casita donde dormir”, reivindicaba el derecho al amor mientras cantaba “everybody babilon” y se reía enternecedoramente.

Si les dijeran - incluso, si me dijeran sin haberla conocido – que robaba a puñal por las calles el centro junto con un hombre al que su propio hermano describía como “una rata del centro”; que en medio de su ebriedad golpeaba a quien se le atravesara y que era tan fuerte y violenta, que varias veces miembros de las Convivir intentaron matarla, pero fracasaron, pues como decían sus perseguidores “tenía más fuerza que un hombre”; seguramente se imaginarán a un ser aterrador a un monstruo que en su sed insaciable se lleva por delante muchas vidas.

Muy probablemente, por la descripción anterior, la doble moral que habla de seres desechables, justificará que la mataran por estar robando, porque los endriagos desacralizan la vida, pero al mismo tiempo para los ciudadanos de bien, sus vidas no valen nada, pues el capitalismo gore opera en todas las esferas.

Pero leidy no era un monstruo consumidor, conseguía lo justo para vivir, para el licor, para la comida que a veces le compartía a Lina, otra callejera y para visitar a su hijo, además, nos decía

enfáticamente “¿plata? ¡yo pa qué hijueputas plata! Yo solo quiero ver sus caritas”. Leidy, era una mujer indómita que no estaba dispuestas a ocupar el lugar que el mundo le ofrecía, a subyugarse ante el amante que la maltrataba, ni ante los paracos, ni ante los jibaros, ni ante los ojos de quienes preferían verla mendigando que robando. Leidy, frente a las condiciones de posibilidad que la regalo esta ciudad, decidió no mendigarle a otros para ser un desecho moralmente más aceptado, decidió arrebatarse un plato de comida que como diría el poeta callejero Mauricio Manco “al fin y al cabo, le pertenecía”.

Como X y Leidy, muchos de los seres que me encontré en la calle, han respondido al llamado de una Medellín narcotraficante y precaria que busca sujetos dispuestos a poner su cuerpo para mantener una economía de muerte y a las exigencias de un territorio en extremo violento y crudo, poniéndose del lado del que ejerce el daño; entre dañar y que los dañen, deciden lo primero. Sin embargo, esto no es un rol inmóvil, esta faceta no anula sus demás sentires y no los convierte en monstruos, permanentemente terroríficos y descarnados.

2.3.2 Habitar el dolor: “ya vengo, voy a aliviarme”

Medellín con su episteme necropolítica y su economía narcotraficante, crea marcos de posibilidad muy limitados para la existencia y tierras fértiles para la criminalidad y la muerte, pero el sadismo no para allí, el giro del negocio de las drogas a la venta interna, hacen que consumo problemático se expanda en la ciudad, que sus habitantes no sostengan la economía solo desde sus vidas dedicadas a reproducir la violencia y la frialdad, sino también desde el dolor que puede producir una sustancia sobre un cuerpo marginado.

Como consecuencia de los anterior, hay otros cuerpos callejeros que le son tan útiles al microtráfico – y por tanto al necropoder como los *sujetos endriagos*; estos son los consumidores problemáticos de drogas, los que suelen ser llamados por la institucionalidad *habitantes de calle* (quienes no duermen bajo un techo y tiene una relación distinta a la normada con el espacio y con su cuerpo) sus existencias sostienen el microtráfico de varias maneras, como consumidores constantes y como mano de obra disponible para los requerimientos del negocio.

Estos sujetos, viven en medio contexto violentos, con condiciones de posibilidad limitadas y rodeados de las dinámicas de la criminalidad y su sadismo, pero su utilidad para una ciudad

necropolítica y su economía criminal, no está en la ejecución de la violencia extrema, sino en el consumo de drogas y la rentabilidad que esta genera. Al respecto, CM, callejero consumidor de Basuco desde hace más de 20 años dice:

Para vivir acá se necesita billete, el que no tenga no puede estar acá se necesita plata para comprar droga y ser aceptado porque nosotros (refiriéndose a los callejeros consumidores) les damos el poder a ellos, sin nosotros ellos no serían nada (refiriéndose a quienes venden drogas y controlan el barrio) (Diarios de campo, 2020).

Aunque estas personas y sus formas de vida son calificadas de indeseadas, al generar una demanda tan grande de drogas y con esto mover el microtráfico, que a su vez dinamiza toda la economía de la ciudad, su adicción es bastante útil. Además, a pesar de que no participan con un grado de poder importante dentro de la estructura criminal, son convenientes para el negocio como vendedores pues a nadie le importa si son judicializados y por sus características marginales en la calle, es fácil que camuflen la mercancía o pasen desapercibidos. CM me cuenta una historia sobre esto:

En cualquier momento pasan y le tiran a uno un paquete y le dicen que lo lleve, uno tiene que correr muerto del susto y al otro lado otro habitante de calle se lo recibe (aunque le pagan, no es una opción no hacerlo, me repite que no le toca fácil y ha pasado unas situaciones muy duras con el tema del microtráfico) cuando vivía en un inquilinato, hicieron una redada, ese día todas las calle estaban cerradas y habían muchísimos policías y ESMAD, los muchachos entraron al inquilinato, me tiraron un paquete de drogas y me dijeron “no sabemos como pero lo tiene que sacar de aquí” marica, yo muerta el susto fui a sacar lo que encontré en los basureros y me lo restregué por todo el cuerpo, fue horrible, comí naranjas podridas, olía asqueroso y andaba como una loca para que no me requisaran, porque les daba asco, yo toda asustada y me gritaban los policías “salga de acá loco hijueputa”, cuando logré salir un loco me estaba esperando para recibirme. (Diarios de campo, 2020).

Al igual que las de los *sujetos endriagos*, las historias de vida de las personas consumidoras que no ocupan un lugar de poder dentro de la estructura criminal, están atravesadas por un continuum de violencias. Contrario a la afirmación institucional y que ronda el sentido común, de que las sustancias psicoactivas en sí mismas generan marginalidad y autodestrucción y son el

motivo principal por el que los sujetos asumen la calle como lugar de vida, el consumo problemático tiene múltiples detonantes que lo anteceden.

Como lo expresa Daniela Cerén, participante de la colectiva Callejeras, y enfermera social con experiencia en procesos de reducción de riesgos y daños en personas consumidoras de sustancias psicoactivas, las drogas son casi siempre una opción inicial para soportar la existencia y se vuelve problemático su consumo precisamente porque otros aspectos de la vida son problemáticos, por tanto, la solución no es eliminar la sustancia, sino mejorar las condiciones de vida. (Diarios de campo, 2021).

Sin embargo, los motivos por los que un ser callejero ingiere psicoactivos de forma desmesurada sin que la destrucción evidente de su propio cuerpo sea un límite, son siempre tan abstractos y enmarañados, que parece absurda la enumeración de las causas. Lo que estaba ante mis ojos casi siempre era un aire de hastío por la existencia, un agotamiento de intentar vivir o una burla ante las migajas que les ofrecía el mundo con sus subsidios y jornadas laborales.

No podría hablar de una causa precisa, de un hito que condujo a la adicción o jerarquizar las razones para el desasosiego, pero después de escuchar sus historias y acercarme genuinamente, pasando la barrera de la cordialidad investigativa, esa aura de autodestrucción fue menos enigmática, su origen se hizo un poco más claro; el mundo del capital en sus incontables manifestaciones, su fiereza que no da tregua, la violencia estructural acechando, una ciudad que se encarga de “producir cuerpos muertos, mutilados y vejados” (Valencia, 2010,p.85), de infundir el autodesprecio con la promesa de un paraíso que es inalcanzable, mientras destruye la vida sobre la tierra.

En este punto, debo aclarar las drogas no son siempre un factor limitante o doloroso, la interacción de las personas con estas depende de sus condiciones de vida y varía de sujeto en sujeto. Como lo mencionaba M, un callejero de aproximadamente 60 años, con mucha experiencia y sabiduría sobre la vida en la calle:

Uno puede vivir tranquilo y consumir basuco, lo importante es no perder los principios, no perder la honestidad. Yo sé vivir en la calle, le ofrezco mis servicios a la gente y a cambio me dan comida, agua, ya me conocen. Desde hace 20 años fumo, pero no a toda hora sino de vez en cuando, cuando las cosas no están bien. El problema de los habitantes de calle de ahora es que pierden la honestidad por su vicio, no pueden dejar de consumir y ni siquiera se dan cuenta de que se están matando ellos mismos. (Diarios de campo, 2020)

Cuando hablo de vidas expuestas al dolor no me estoy refiriendo al callejero que se da un pipazo para iniciar las actividades diarias con más ánimo, ni al que utiliza la marihuana como fuente de inspiración, ni tampoco a los muchos que encuentran en el basuco una capsula contra el hambre y el frío, pero pueden prescindir de él cuando lo desean. Me refiero a los cuerpos que padecen su adicción, a quienes me manifestaron no querer pasar más droga por sus cuerpos, pero no hallan otra compañía en sus tristezas que una pipa con escarchas, a los que en medio de tanto desvarío no se han dado cuenta del hedor que exhala su herida, a quienes intentaron “ser normales” entrando a un centro de rehabilitación, pero se encontraron con que el mundo no les ofrece nada mejor que lo que un chute puede darles.

Además, el consumo no es uniforme, guarda relación con el tipo de sustancia, no es igual el efecto que tiene el basuco o el sacol sobre el cuerpo, que el que tienen la heroína o las pepas, en esa medida las dinámicas sociales de los espacios también varían dependiendo de si allí se consume mayoritariamente una sustancia u otra, pues los individuos tienen disposiciones y necesidades diferentes.

El basuco¹⁶ la droga de la clase alta de los 80 y de los callejeros de hoy, el iniciador de las casas de vicio, que luego fueron ollas y ahora son plazas, es un estimulante del sistema nervioso central, compuesto principalmente por alcaloides de la hoja de coca y adulterado con otras sustancias como el bicarbonato de sodio o los insecticidas. Dicen que al ser fumado genera una sensación tan placentera y efímera que los consumidores buscan desesperadamente una dosis nueva, aun con la paranoia que produce el humo después de salir. (Quintero, 2020)

El basuco es una sustancia tóxica, produce deterioro neurológico, destrucción del tejido cerebral y pérdida de la memoria de forma irreversible. Afecta la parte frontal del cerebro donde residen la toma de decisiones, por esas muchas personas quieren dejar de consumir basuco y el daño neuronal es tal que no pueden tomar la decisión de hacerlo (Quintero, 2020, p. 170)

Esta droga es la más consumida por los callejeros, en muchos de sus consumidores hay un olvido evidente de su cuidado y bienestar aparentemente creado por la dependencia, como es el caso de la mujer de la que hablé en el primer capítulo de este texto, que aun con una hemorroide severa prefirió no ir al hospital porque no podía fumar. Por sus efectos físicos genera fácilmente

¹⁶ Su nombre proviene de el hecho de ser considerado “la basura del perico”

adicción, algunas personas me manifestaban sentir dependencia desde el primer día de uso y marcaban como causante de su estadía en la calle a la sustancia.

CM peleó con su mamá un 7 de diciembre, esa noche – la más triste de su vida – salió de su casa ebria hacia el centro, pagó por adelantado 8 días en un hotel, se acicaló y se fue para una fiesta en la que “solo había prostitutas, ladrones y gamines”. Sin ser consciente de lo que hacía y luego de haber fumado muchos “Marlboro” que le regaló un hombre recién conocido se desplazó con él hacia un “hotel”. A día siguiente, un 8 de diciembre, despertó adolorida sobre la cama de un cuarto oscuro, ubicado en el sótano de un inquilinato de Niquitao; sin el reloj con diamantes que su antiguo amante coreano le había dado, sin dinero y sin recuerdos. La dueña del lugar, le contó libre de culpas, que los Marlboro no tenían tabaco sino basuco, CM señala esa noche como la desencadenante de su adicción, dice que por eso quiere, pero no quiere a su mamá, del hombre que la engañó no se acuerda. (Diarios de campo, 2020)

Al ser tan generalizado su uso, alrededor del basuco se han creado practicas terroríficas como la esclavitud de individuos, en algunas ollas la remuneración que reciben los trabajadores es solamente basuco y cuando se endeudan por consumir más de lo que corresponde con su pago, deben quedarse allí para que no los maten, alguna vez le escuchaba a un hombre gritarle a otro en la calle “siga robando y verá que le saco de la cabeza todas las papeletas de basuco que le he dado”.

Como lo manifestaba antes, el tipo de experiencia con la sustancia está vinculada a todos los demás aspectos de la existencia de una persona, también me crucé con muchos seres, para los que la droga no representaba un impedimento en el desarrollo de sus días, su uso parecía incluso recreacional, aunque es constante. Sin embargo, el que para algunos no sea tan problemática, no hace menos reprochable el hecho de que en beneficio de una estructura económica esté en circulación constante, a la luz del día y antes lo ojos de todos - incluido el estado - una sustancia que deteriora rápidamente las capacidades físicas y cognitivas y la voluntad de decidir.

Por otro lado, está la heroína, una sustancia semisintética deriva de la morfina, sintetizada por primera vez por la empresa alemana Bayer como medicina contra la tos, empezó a ser ilegal desde el siglo XX por su alta propensión a la adicción. Se puede consumir fumada, inhalada o inyectada, dicen que genera una sensación similar a la de un orgasmo multiplicado por mil: bienestar, relajación, eliminación el cansancio, placidez. (Quintero, 2020). D, una callejera consumidora de heroína narra su experiencia así:

[...]Paso la calle nuevamente, pero esta vez con más prisa, irrumpiendo mi afanada marcha el resonar aturdidor del pito de una motocicleta, me escondo la jeringa dentro del buzo, y pasó a menos de un metro por el lado de los parceros, pero esta vez no hay saludo, me aturde de ansia el momento.

Llego hasta la mitad del parque y me interno en las jardineras, con sigilo miro los 360 grados, sin percibir el verde ¿qué verde tiene la tomba? verde mierda. No hay ni uno, solo gente que se doblará en terror al ver la imagen que me deleitare narrar. Saco la jeringa-20 rayas- y me subo la manga del buzo hasta el primer tercio de mi brazo, con la candela a un borde comienzo a girar, dos más y comienzan a brotar venas cual semilla germinada abulta la tierra, lamo la aguja con la lengua para probar la mezcla, aunque sé que está totalmente contraindicado -completamente amarga- y segura de la acción la acerco a mi piel, entra el pinchazo, un poco más a la izquierda, subo el émbolo de la jeringa y retorna sangre, estoy en vena, ahí va...Lentamente voy olvidando que cinco segundos antes de introducir la jeringa era una persona completamente diferente, mi cuerpo estaba adolorido y el pulso a mil, mientras introduzco el líquido que tiene la jeringa siento como todo va en cámara lenta, voy sintiendo alivio severo, una placentera rasquiña, mucha excitación, luego viene la fortaleza, la complacencia, la alegría de ser. ¿Cómo putas logra este ilegal e incomprendido polvo ser lo único que comprende mi existencia? ¹⁷

Entre los efectos secundarios de la heroína están: náuseas, vomito, hipotensión, flacidez muscular; a mediano plazo desequilibra las hormonas, el sistema inmunológico y afecta los músculos y las articulaciones. Como dice Daniela Cerén “es una trampa del diablo”; genera un infinito éxtasis, pero cuando la sangre ya se ha acostumbrado a ella, si deja de tenerla en la dosis habitual; la persona padece un síndrome de abstinencia (llamado en la calle “mono”), distinto al de las demás drogas, pues incluye: calambres, diarrea, escalofríos, dolores generalizados, irritabilidad y algunas veces, convulsiones. La intensidad del mono es tal que para referirse al hecho de inyectarse heroína, los consumidores usan el termino *alivio*, “ya vengo, voy a aliviarme”.

Además, a medida que el consumo se hace constante, el cuerpo va pidiendo más dosis, un consumidor puede requerir entre 2 y 4 dosis diarias, lo que equivale a 12.000 – 18.000 \$, esto para una persona que vive en la calle y se sostiene materialmente por medio del rebusque, implica que

¹⁷ Fragmento de un monólogo escrito a dos manos por Daniela Cerén y D una callejera inyectora de heroína y escritora, de aproximadamente 22 años.

todo su tiempo esté invertido en conseguir la siguiente dosis, porque si se inyecta la primera vez y se demora para gestionar la siguiente inyectada, va aparecer el mono y además de doloroso, será mucho más difícil encontrar el dinero. Si el mono acecha no da espera y cualquier opción es considerable, robarle a un extraño o al amigo, tomar una jeringa del suelo, mezclar el polvo con agua sucia, gastarse la plata de la pieza o de la comida de toda la semana.

Casi todos los usuarios del centro de escucha llegan con llagas en el cuerpo, porque de tanto inyectarse la vena se satura y se infecta, deben drenar la herida, de lo contrario, les puede pasar lo mismo que a un hombre 20 años que llegó esa tarde a un evento con la alcaldía, se tapaba el brazo con una chaqueta doblada, sus extremidades estaban agangrenándose, sin embargo, no parecía urgido de atención, al contrario, los funcionarios le insistieron para que se acercara a la carpa de enfermería, que se encontraba en la placita Zea, porque la alcaldía estaba prestando servicio de salud, trabajo social, psicología y afiliación al sistema de HC, pero se negó a acercarse. Es muy difícil esperar a ser atendido, porque pierde el tiempo que podría invertir en buscar plata la siguiente dosis y corre el riesgo de que lo agarre el mono y que a su dolor inicial se le sumen otros síntomas. Aunque la infección aumente cada tanto, es preferible eso a sentir la abstinencia y el dolor juntos, en cambio, mientras permanezca inyectado puede omitir ambos (Diarios de campo, 2020)

Estos efectos físicos ubican a los inyectores de heroína en una mayor vulnerabilidad, pues al compartir jeringas o usar de manera inadecuada la parafernalia, son muy propensos a contraer enfermedades como la hepatitis o el VIH. También caen fácilmente en un olvido del cuidado de sí mismos pues toda la energía, el tiempo y los recursos, están invertidos en la sustancia para evitar el *mono*.

Por lo anterior, en los procesos de rehabilitación no basta el acompañamiento psicológico o la voluntad, es necesario un tratamiento médico en el que la heroína es reemplazada por otro opioide, la Metadona, de no suministrarse este fármaco, las personas tendrían que soportar los síntomas de la abstinencia durante días y correr riesgos incluso de muerte. Sin embargo, no hay un sistema de atención adecuado a las necesidades de los consumidores callejeros de heroína, a la persona implicada no se le hace entrega de las dosis de metadona diarias porque hay mucho riesgo de sobredosis, entonces debe ir cada día a un centro de salud para que se la administren, esto implica gastos en transporte que no los cubre la institucionalidad y de conseguir el dinero para movilizarse, es más tentador invertirle en un chute que en un bus.

Existe la posibilidad de que las personas se internen gratuitamente en un centro de rehabilitación llamado *Carisma* donde les suministran los medicamentos necesarios, pero una de las reglas es que no incurran en el consumo, de lo contrario son suspendidos 5 años. Esa pretensión de linealidad en una problemática que es multicausal y además involucra condiciones biológicas dolorosas, es absurda. Otra opción es el Centro día, pero la mayoría de callejeros con los que conversé me manifestaban su repudio hacia esas instalaciones y hacia la displicencia de sus funcionarios.

Un hombre que llevaba dos meses sin inyectarse, después de haber pasado por un proceso de desintoxicación solo y en casa, soportando el mono y los dolores de una pierna herida durante 20 días, pues había sido suspendido de *Carisma* 5 años por recaer en el consumo, me decía: “yo no voy a internarme en el Centro día, eso allá es un mierdero, hay ladrones, piperos, es peor que la calle” (Diarios de campo, 2021)

Sumando al del riesgo que representa la sustancia en sí mismas, los inyectores que viven en la calle deben asumir la amenaza constante de las Convivir; la heroína no se consigue en ninguna plaza de Medellín, desde los inicios de su distribución la manera de obtenerla es contactando a alguien por teléfono para que le lleve hasta algún punto, entonces, para las ollas de vicio, los heroinómanos no representan un beneficio directo pues no compran, en cambio, sí representan un riesgo, porque fácilmente pueden morir por sobredosis o tener un accidente de tránsito en medio del viaje y un cuerpo herido o un cadáver, es muy llamativos para la policía.

Por lo anterior, a quienes se inyectan les está prohibido habitar muchos lugares del centro y deben encontrar puntos donde no sean vistos para suministrar sus dosis, pues su consumo es considerado un mal ejemplo, aunque paradójicamente ese mismo consumo le genere ingresos a las redes mafiosas. Debido a estas limitaciones para habitar los espacios, los consumidores de heroína permanecen errantes, desplazándose de un punto a otro, huyendo de los “locos sueltos” que andan matando heroinómanos cada tanto.

Esta droga no es distribuida de manera tan masiva en la calle como el basuco, pero a su alrededor también se crean prácticas macabras como el enganche (la vinculación de una persona al consumo contra su voluntad o bajo soborno con algún otro asunto) por ejemplo, un hombre me contaba que empezó a consumir heroína sin saberlo, frecuentaba siempre la misma olla para comprar perico, en una ocasión empezó a sentir mareos, vómitos y escalofríos, cuando le contó al jibaro del lugar, este le dijo que le tenía la solución y le dio un sobre de los mismos que le había

estado vendiendo en las últimas ocasiones, ahí entendió que lo que creía era perico, era heroína y que sus síntomas se debían a la abstinencia, esa fue la estrategia del vendedor para tener un cliente fijo. (Diarios de campo)

Incluso, los inicios del consumo de este opiáceo en la Medellín, según me cuenta A, un consumidor recurrente desde hace más de 20 años, están marcados por el enganche, la mentira y el desconocimiento, según él, fue el mismo don Berna quien empezó a repartirla entre los jóvenes.

A probó la heroína a finales de siglo, antes del anunciado fin del mundo que sucedería en el 2000, porque según él, no podía morir sin experimentar la mejor sensación posible, un 23 de diciembre, estaba en su barrio con el combo de los raperos, sentados alrededor del perico, el licor y la bareta, vieron llegar una camioneta verde que los paniqueó porque “una carivaca en esa época, era que nos iba a matar” para su sorpresa en ella venía “el propio Don Berna, que nos dijo – muchachos, vean lo que vamos a empezar a vender y tiró un dedo de guante, lleno de heroína y un número de teléfono”, en ese momento todos sus amigos empezaron a inhalarla, muchos murieron de sobredosis, A, después de muchos años de esnifar, siguiendo el consejo de unos amigos que le reprochaban que estaba desperdiciando el material, empezó a inyectarse. (Diarios de campo, 2020)

Los testimonios de A son reveladores respecto a la utilidad que generan los sujetos para el microtráfico y los efectos que trajo el paso de la exportación de drogas a la distribución interna de manera masiva. Por lo que me contaba, Pablo Escobar había prohibido que se vendiera heroína en la ciudad, pues sabía de los efectos que generaba en las personas, su prohibición fue obedecida durante los primeros 6 años posteriores a su muerte, sin embargo, a finales del siglo pasado, Don Berna y otros mafiosos viajaron a México y vieron lo rentable que estaba siendo su venta en ese país, por lo que decidieron distribuirla acá. A afirma “ellos ya sabían lo que eso hacían porque habían visto cómo estaba la gente de jodida por allá, pero como eso daba billete, no les importó” (Diarios de campo, 2020)

Pese a que la heroína no se distribuye en las mismas cantidades que el basuco, por sus efectos tan descarnados, pone en evidencia de una forma muy explícita y dolorosa la desacralización del cuerpo, la manera en que la vida deja de importar cuando puede representar una renta y la forma en que los sujetos marginales sostienen con su sangre la economía. Además, desde su llegada a la ciudad hasta hoy ha venido expandiéndose su uso, y teniendo en cuenta su crudeza sobre el cuerpo, es un fenómeno bastante peligroso y que rápidamente pone en riesgo

muchas vidas. Sobre su consumo, Julián Quintero (2020), sociólogo y activista en temas de drogas y reducción de daños y riesgos, plantea:

Mientras que en Europa y Norteamérica el promedio de edad de los consumidores de heroína supera los treinta años, en Colombia puede estar alrededor de los dieciocho. Contamos con un grupo de consumidores de heroína que está entre los más jóvenes del mundo, y también con la sustancia más barata y con más alta calidad del planeta. El porcentaje de pureza promedia el 62,75 (p. 157).

Por su parte, Medellín que para 2014 tenía 3548 consumidores de drogas inyectadas, principalmente de heroína, hoy es la ciudad en la que más se consume este psicoactivo y la que menos medidas se toman al respecto, aunque existe una investigación científica muy desarrollada al respecto Quintero (2020) señala:

No basta con la evidencia, se necesita voluntad política y capacidad técnica y burocrática para manejar este problema. El caso de Medellín es asombroso: tiene el mayor número de consumidores de heroína por vía inyectada y las tasas más altas de VIH y hepatitis, sin embargo, las autoridades locales no han optado por acciones de reducción de daños que claramente minimizarían este impacto en la salud. La capital antioqueña cuenta con un “grupo de expertos” que no ha evitado que su ciudad sea una de las principales consumidoras del país, pero en cambio sí tiene un próspero negocio de centros de tratamiento y venta de metadona. Tal vez por eso no le conviene optar por otros tratamientos al tema del consumo. (2020, p. 160)

La falta de voluntad política mencionada por Quintero, no aplica únicamente al consumo de heroína, sino en general a todo lo relacionado con el consumo problemático de drogas y se ve reflejada no solo en la ausencia de programas de reducción de daños, sino también en la falta de medidas contundentes contra el tráfico de drogas; en el hecho de que el discurso señale a los consumidores sin poner en cuestión las causas estructurales de su consumo y en que los sistemas de atención para estos sujetos sean precarios y no se adapten a sus necesidades. Tal ineptitud no se debe solamente a un intereses económico, sino que responde también a la episteme necropolítica que no tiene como centro la vida y funciona por medio de la creación de sujetos residuales, pues dentro de las lógicas y las prácticas de este sistema gore los sujetos dependientes de una economía de muerte, o son útiles o no tiene lugar alguno.

En síntesis, pese a que los cuerpos callejeros son narrados como indeseados y estigmatizados por su relación con el narcotráfico (desde el consumo y la comercialización) la relación de esta población con el tráfico de drogas, no es accidentada ni completamente inconveniente, al contrario, responde y le sirve a la economía y la política narcotraficante de la ciudad, es el resultado de la precarización de la vida y la expansión de una episteme de violencia exacerbada, en combinación con una gran oferta de drogas.

3 “Nuestro espíritu feminista rejuvenece al mundo fatigado”

Nuestro espíritu feminista rejuvenece al mundo fatigado y lo fecunda con armonía inefable, con la capacidad de poner orden a este puto mundo patriarcal envejecido, cautico, brusco, angustioso, somos una nueva Eva, más conscientes, más equitativas, más sinceras, más unidas en nuestra sororidad, más que más. Que nuestros ojos no los tapen ni los cierren y que tu maldad no me entierre. Soy bruja indomablemente, callejera hasta mi muerte (Montoya, 2021)¹⁸

Como lo menciona Alzate (2021) “la calle es el lugar masculino por antonomasia”, la lógica que impera allí y sobre la que he venido hablando, se construye precisamente sobre una estructura patriarcal, en la que todos los valores señalados socialmente como femeninos son despreciados y minorizados, mientras que los clasificados como masculinos se exacerbaban, siendo constitutivos del orden social. En este sentido, las mujeres al ser feminizadas, viven una experiencia callejera particular, atravesada por riesgos, violencias y, por tanto, estrategias de supervivencia diferentes a las de los hombres.

Sin embargo, inicialmente, cuando pensaba en la calle, no había en mí una pregunta por el ser mujer en este espacio, recuerdo que, en el 2018 durante uno de los recorridos de “Aguapaneleros Medellín”¹⁹, surgió un atisbo de la duda cuando escuché a Martha, una callejera de aproximadamente 70 años que nos compartió su angustia por estar vieja y no ser respetada por los hombres, ni tener ninguna estrategia para ganarse su respaldo – necesario para vivir allí- pues no representaba ya un interés sexual. Pero, la reflexión como tal inició en el 2020, cuando me acerqué a la Colectiva feminista Callejeras, mi interés inicial en el espacio era solamente político, pues allí se conjugan dos de mis ejes de vida; la calle, lo soterrado con el feminismo.

Con el tiempo, el ser mujer en la calle se convirtió en parte de mis preguntas, por dos motivos; por un lado, era ineludible el hecho de que mujeres y hombres ocupan lugares diferenciados, otra razón fue, la manera en la que el proceso atravesó mi existencia; junto a mis

¹⁸ Poema escrito por Astrid, poeta y bruja callejera, parte de la colectiva

¹⁹ fundación que se dedica a repartir aguapanela con pan a callejeros una vez por semana, con la cual hice mi primer recorrido grupal en la calle.

compañeras hemos gestado un pensamiento feminista callejero y unos afectos que me llevaron a reconsiderar muchas de las concepciones que tenía sobre este contexto y a construir otras.

Por lo anterior, lo que encontrarán en las siguientes páginas, más que un pensamiento individual, es el resultado de una construcción colectiva. Es parte de lo creado en los talleres en Niquitao, las caminatas por el río, las noches de fiesta, los rituales, las conversaciones entre ron y polas en el parque El periodista y las tertulias con chirrinchi en el cambuche de Astrid; todo ha sido gestado entre las risas, la palabra amorosa, las lágrimas, los miedos y la dignidad que nos moviliza, que nos incita a juntarnos para sacarle las uñas al patriarcado.

Debo advertir que, si en los capítulos anteriores las palabras me eran limitadas para comunicar lo sentido, en este, me son casi inútiles. Con ellas no alcanzo a atisbar si quiera el poder de la juntanza de la colectiva y mucho menos la belleza que encarnan las callejeras. Si intento narrar esta experiencia es porque me siento en deuda de hacerlo - con ellas y con la vida - pero lo hago siendo consciente de la imposibilidad que me atraviesa y sintiendo vergüenza de no acércame ni un poco a lo que son.

Pese a que, los cambios de perspectivas y a que la pregunta por las mujeres callejeras ha estado presente durante gran parte del proceso investigativo, esto no ocupará una parte central de este texto, ni ahondaré en los hallazgos y análisis, pues no están dentro del alcance de la investigación. Lo que pretendo con estas páginas es recopilar un poco de lo recorrido con la Colectiva, ya que ocupó una gran parte del trabajo de campo, y dar algunas puntadas sobre las reflexiones que incito esta experiencia, puesto que me llevó a mirar la calle desde focos distintos a los que he venido narrando.

3.1 “Callejeras, brujas indomables”

Llegué a Callejeras por invitación de mi amiga Sara, que me comentó sobre un grupo del que hacía parte y el cual tenía la intención trabajar el tema de derechos sexuales y reproductivos con mujeres que habitan permanentemente la calle, me uní en el tercer encuentro, en el cual realizamos unas charadas y un ejercicio de autorreconocimiento. De ese día me queda la imagen de Lina con un cartel en el pecho que decía “libertad” y el recuerdo de Claudia sonriendo al ver su rostro reflejado en un espejo; después de que le dijimos que lo que estaba a punto de ver era “lo más bello del universo”.

Durante los tres primeros meses, los jueves cada 15 días, en la esquina de Niquitao – que aun hoy es nuestro principal punto de llegada - nos encontrábamos aproximadamente 12 mujeres con el rol de dinamizadoras; llevábamos actividades previamente planeadas y media hora antes de iniciar los talleres dábamos una vuelta a la manzana convocando voz a voz a las callejeras del sector para que se acercaran a parchar un rato con nosotras. Nuestra invitación no tenía una gran acogida, solían estar en los talleres entre 4 y 6 mujeres diferentes cada vez.

Transcurridos 5 meses de trabajo, desistieron de continuar con los encuentros varias de las 12 personas iniciales, esto por distintos motivos como: la falta de tiempo, las expectativas insatisfechas de intervenir una gran población o la sensación de que encuentros tan espontáneos e informales no podían tener ningún propósito.

Sin embargo, por esas mismas épocas, las 6 mujeres que continuábamos yendo cada 15 días a Niquitao con una propuesta de actividad previamente pensada y materiales y refrigerios autogestionados, nos dimos cuenta de que - queriéndolo, pero sin saberlo - habíamos creado una colectiva. Aunque para ese momento ya estaban culminados los talleres sobre derechos sexuales y reproductivos y no teníamos un propósito explícito, coincidíamos en la intención de poner nuestro tiempo, energía y acción en construir colectivamente, desde perspectivas feministas populares, con una organización no jerárquica y de la mano de mujeres callejeras.

Luego de todo los intentos (mencionados en la introducción) por encontrar un espacio en el que me sintiera cómoda acercándome a personas callejeras y de la indignación por sentir que tanto ante los ojos de la institucionalidad, como ante los de los movimientos sociales, quienes habitan la calle son despojados de autonomía y capacidad de cambio; estar en Callejeras fue encontrar un nicho creador, un espacio para observarnos de manera sincera y construir de verdad colectivamente, sin la mediación de jerarquías entre quienes viven en la calle y quienes habitan una casa común, sin delirios de salvadoras; pero con la ilusión de pequeñas transmutaciones, cambiando las manos de la caridad por el abrazo real y teniendo la certeza de que las callejeras son sujetas políticas, con un lugar de enunciación propio y con una potencia creadora infinita.

Como era de esperarse, considerando los tratos que son comunes por parte de quienes hacen activismo hacia las callejeras y las respuestas dignas de ellas, al inicio nuestras intenciones como colectiva no les eran obvias a las compañeras que viven en Niquitao, al contrario, había mucho recelo y prevención de su parte, tanto que cuando invitamos a Astrid a estar en los encuentros, su

respuesta fue “abrite de acá, déjame tranquila” lo dijo con una furia que nos asustaba, y Lina fingió llamarse Olga, durante varios talleres, hasta mucho después no nos develó su nombre.

Después de reconocernos como colectiva, las organización cambió y empezó a fluir de una manera muy tranquila y orgánica, quien tuviera la voluntad planeaba la metodología del día y las demás apoyábamos llevando materiales o alimentos para compartir, desistimos de hacer perifoneo porque notamos que no funcionaba, las mujeres del barrio mostraban pereza o desconfianza ante nuestras invitaciones, no queríamos tampoco usar el alimento como estrategia para que quienes comieran se vieran obligadas a quedarse, deseábamos incitar sus ganas de estar, además, aceptamos que la cantidad de personas no era nuestra prioridad e identificamos que era más próspero generar un espacio por sí solo atractivo, para que las mujeres se acercaran por voluntad, sin ninguna presión.

Aun con el recelo, poco a poco, sin afán y con un paso muy firme, nos fuimos acercando, nos reuníamos entre risas, poníamos música y una vela en el centro, sahumábamos, leíamos y esperábamos a que las callejeras por curiosidad se acercaran, a veces llegaban hasta 15 mujeres, de las cuales, algunas todavía pasan esporádicamente a saludarnos o a contarnos como van sus vidas, pero únicamente 4 de ellas permanecen hasta hoy en el proceso y más o menos 3, nos visitan con frecuencia.

A la curiosidad innegable que nos habitaba a todas por acercarnos a esas otras, que a simple vista eran tan distintas a nosotras, y a la certeza política de la importancia de sus voces, se le sumó; la necesidad que veíamos en ellas de compartirnos sus historias, de hacer catarsis de los años, y por supuesto, el deseo amistoso de acompañar.

No hubo que esperar mucho para que el dolor que recorre las historias de las callejeras fuera visible, con los primeros encuentros sobre derechos sexuales y reproductivos lo vislumbramos y a medida que el grupo se consolidó y creció la confianza, nos acercamos más a él, lo veíamos a flor mientras las callejeras nos compartían sus biografías atravesadas por la violencia, tanto antes de la calle, como durante su estadía en esta.

En vista de lo anterior, ingeniamos metodologías enfocadas en identificar las violencias que todas hemos experimentado. Entre charadas, carruseles, círculos de la palabra, cartografías, ejercicios teatrales, talleres de escritura, humos y pócimas herbales; pusimos en el centro relatos de vida, casos de abuso sexual, reflexiones sobre el acoso, sentires respecto a la libertad, testimonios de violencia estatal.

A todas las metodologías que acabo enunciar, les era transversal la decisión de no separar roles o estatus tipo: aprendices- talleristas, callejeras- no callejeras, líderes- participantes, por eso, todas las voces y cuerpos; quienes no vivíamos en Niquitao y quienes sí, poníamos nuestras experiencias, nos mostrábamos en lo colectivo. Pero, eso no significaba que desconociéramos las particularidades de los contextos y de las vivencias, entonces la pregunta por el ser mujer callejera siempre estuvo presente y fue reveladora.

Tal pregunta no se respondió únicamente con palabras, los sucesos cotidianos también daban pistas y nos confrontaban con realidades que nos eran lejanas. Una primera confrontación nos la generó la agresividad y la violencia que existía entre las callejeras, en muchos encuentros había discusiones que - ante la vista de nosotras las foráneas - eran muy violentas, los tratos solían ser hostiles y todas mantenían una actitud reactiva. Aunque las callejeras que se mantenían en el proceso, habitaban el mismo barrio hacía más de 20 años y se reconocían, entre ellas no existía ningún lazo de afecto o cordialidad, en cambio sí había un recelo; propio de la rivalidad entre mujeres que instauro el patriarcado y de la furia a la que obliga la calle para sobrevivir.

Nuestra respuesta ante esas situaciones - que realmente nos parecían incómodas y difíciles de asumir - fue ser pacientes, con pequeños actos mostrar otras posibilidades; mantener un trato amoroso y una mirada sin juzgamientos resultó ser una gran herramienta, pues todas fuimos sintiendo el espacio como un lugar seguro y en esa medida no necesitábamos defendernos de nosotras mismas. Recuerdo como una gran victoria, el día en que Astrid nos contó que todas las noches Leidy estaba yendo a su cambuche para leer juntas un libro que se llama “feminismo para jóvenes”, nosotras añorábamos que no se agredieran más, pero saber que sin nuestra intermediación se estaban juntando ¡y para leer un libro feminista! era sorprendente.

También guardo en mi mente el día en que hablamos sobre *sororidad*; lo primero que hicimos esa tarde fue pararnos todas alrededor de un sahumero que estaba situado en el suelo, juntar nuestras manos izquierdas formando un círculo de forma que las plantas carburándose estuvieran en el centro y el humo subiera por la mitad de la circunferencia, al ritmo colectivo hacíamos movimientos circulares con las manos, sintiendo como la energía de todas se volvía una sola; la intención era conjurar el espacio, sentir el poder que nos habita cuando nos juntamos. Luego, Jessica nos contó qué era la *sororidad* y su importancia, y por último cada una escribió en un papel los momentos en los que no había sido sorora, esos papelitos los quemamos para que el fuego transmutara nuestros actos.

En ese encuentro, Astrid le pidió perdón a Claudia por haberla golpeado y expulsado de la cuadra unas semanas antes, días después, también Astrid, nos dijo “*eso es la sororidad, reconocer y reconocerse en la otra*”.

Pero los vínculos que se empezaron a tejer, evidentemente no fueron el resultado de hablar sobre *sororidad*, conversar sobre ese concepto y que tuviera acogida, fue una condensación de todos los encuentros anteriores, con los sentires, pensamientos y deseos que despertaron. Hubo algo fundamental para que las callejeras se empezaran a acercar, y fue que las memorias compartidas, además de ayudar a sanar individualmente, sirvieron como espejos para ver en el dolor propio, el reflejo del dolor de las otras y en esa medida versen como iguales, como compañeras en las historias y en los sufrimientos. Nombrar en voz alta las violencias, fue una posibilidad, para reconocer que son sistémicas y tienen un origen patriarcal, y que ante eso la solución es juntarnos.

No quiero decir con lo anterior, que las asperezas estén completamente saldadas, todas tenemos la misoginia en la piel y el proceso de despegarla es lento pero profundo, como dice Astrid “*ser sorora es muy difícil*” y es más complejo aun, cuando se habita un contexto en el que los vínculos están completamente rotos y el afecto es sinónimo de debilidad. Lo que me interesa resaltar es que ha habido en ellas una decisión consciente y firme por crear otras maneras de relacionarse con las mujeres, que han reconocido en la juntanza con las otras una manera de apaciguar la vida. Al día de hoy, la otra es llamada hermana y tratada como tal, la mirada ha cambiado y las practicas también, hay un cuidado dentro de las posibilidades del contexto, por ejemplo; Leidy está al tanto de la salud de Lina, y Lina nos dice “*yo por Astrid, me hago matar*”.

Otro hecho que nos confrontó, a la vez que nos dio luces sobre la pregunta por el ser callejera, fue el consumo de drogas. Casi todas las que llegaban al espacio consumían alguna sustancia psicoactiva y su consumo en muchos momentos obstaculizaba los encuentros, era evidente que la agresividad se incrementaba con el alcohol y la dispersión con el sacol, sin embargo, nosotras éramos las forasteras y no nos sentíamos en el derecho de hacer ningún tipo de restricción, por lo que tratamos de acomodarnos a las condiciones; mediábamos los conflictos, hablábamos más duro para que quienes estaban distraídas escucharan o simplemente lo dejábamos pasar.

Sin embargo, con el tiempo la situación fue cambiando porque nos sentíamos con la confianza que da la amistad para interpelar a la otra sin juzgamientos y porque se presentó un

momento crítico; Lina estaba gravemente enferma y no aceptó la hospitalización porque no quería dejar de consumir. En ese sentido, empezamos a poner como tema de conversación el consumo de sustancias, no satanizándolo, sino más bien intentando despertar reflexiones sobre la importancia del autocuidado, y por supuesto tratando de entender los motivos del consumo.

Pese a que las conversaciones no parecían tener muchos resultados hubo varios momentos que nos mostraron lo contrario. Lina, que antes no cargaba nada y botaba cualquier elemento personal porque no le interesaba cuidarse; después de ser dada de alta empezó a cargar un bolso en el que guardaba el champú y una botella de agua y dejó por unos días de tener un tarro de sacol en la mano, nos decía “yo por ustedes y por mis hijos, me voy a cuidar”. Por su parte, Leidy, un jueves nos contó “llevo muchos días sin meter (sacol), eso era cuestión de voluntad”. Y una de las callejeras de Niquitao, en una tarde de lectura en voz alta, mientras recitaba le gritó enfáticamente a un cliente que iba por una papeleta de basuco “ahora no estoy vendiendo, estoy ocupada leyendo”.

Al día de hoy, algunas de las callejeras ya no consumen y durante los encuentros ninguna lo hace, no por una cuestión de prohibición, sino porque no lo consideran necesario, pues el espacio es suficientemente ameno y enriquecedor. Esto reafirma la idea de que el uso problemático de sustancias psicoactivas no sea da per se, sino que está ligado a todo el contexto, por tanto, la prohibición no es una salida efectiva, mientras que los cambios en las vidas de las personas, por pequeños que parezcan, sí lo son.

Aunque nuestras pretensiones con la colectiva nunca han sido cambiar radicalmente la vida de nadie, no voy a negar que por momentos deseamos e intentamos buscar caminos para transformar en algo las condiciones materiales de las amigas de Niquitao, pensamos en; proyectos productivos, formas para que pudieran estar materialmente más cómodas, incluso en la posibilidad de que no habitaran más la calle.

Sin embargo, cuando ya nos conocíamos bastante y podíamos ver a las otras bajo la luz de su propia historia y no bajo nuestros estándares, entendimos que la calle, aun con lo descarnada que puede ser, en un mundo tan limitado no es siempre la peor opción; y que para muchas habitarla ha sido una decisión consciente, una huida.

La vida de todas las callejeras con las que nos cruzamos ha estado atravesada por distintos tipos de violencia: violaciones, conflicto armado, maltrato intrafamiliar, acoso, intentos de feminicidio, ante esto, muchas han encontrado en el habitar la calle una manera de decir “no más”

aun con el riesgo que representa lo desconocido, tuvieron la valentía para emprender una fuga del lugar conocido que no querían, que no aceptaban.

Al respecto Lina nos cuenta que, a sus 6 años de edad, el día en que vio como mataban a su papá, salió corriendo de su casa hacia el centro, porque en ese momento se enteró de que en ese lugar había maldad “yo no quería vivir donde había maldad”. Ella decidió huir de la maldad que conocía y aun encontrándose con la fiereza del centro, asumió no retornar a ese lugar.

Como Lina, muchas callejeras corrieron, se fugaron de lo que el mundo les estaba ofreciendo, no por la certeza de encontrar algo mejor, sino por el impulso vital que las movilizaba a no estar más allí, a no aceptar lo que les era impuesto, a buscar otra cosa. No podría decir desde la exterioridad si lo que encontraron fue mejor o peor, pero la certeza que nos dejan sus historias, es que la calle no es necesariamente el lugar de la resignación, puede ser también, el lugar de la fuga, el lugar decidido - dentro de limitadas opciones- pero elegido, por tanto, no siempre es un espacio que se quiera evitar, no todos quienes viven en la calle quieren dejar de hacerlo. En palabras de Tatiana Alzate, una amiga de la colectiva:

Mujeres que han llegado a la calle, es decir, a la guerra [como muchas así lo declaran], por efecto de una fuga, es decir, de una huida. Llegan las huérfanas, las que huyen de sus lugares de presidio y castigo (casa, internados); huyen de los abusos, de la represión, del tedio; huyen del dolor; huyen de la sinrazón del teatro del mundo; huyen en búsqueda de un placer, cualquiera que aparezca, siempre y cuando las haga más fuertes ante la incertidumbre insoportable de la noche, por ejemplo.

En esta huida, ellas representan lo tónico, es decir, el deseo primordial de libertad y permanecía, como un llamado, desde su más profundo fuero interno, a desobedecer todo aquello que las separa de esa unidad orgánica entre su consciencia y el respeto que sienten por su cuerpo. Porque todo ser al que se le despoja de significancias y legitimidad política y social, no tiene más opción que desobedecer todo mandato venido desde ese gobierno que las condena. Ellas huyen de los dogmas y de los golpes que las castigan; huyen de la servidumbre voluntaria, del silencio de sus tristezas. De esta manera hacen resistencia y tributo al mundo sensible y perceptible. Sus afectos no han sido domeñados, a pesar del dolor; resisten ante el dolor y la adversidad (2021, p.13)

Sin intenciones de romantizar, pero habiendo aceptado que la calle para muchas fue una fuga y una elección, y notando los cambios que sucedían en las vidas de todas con la juntanza,

asumimos la certeza de que el acto más rebelde que podíamos hacer allí era crear lazos entre mujeres, por lo que nuestros esfuerzos se enfocaron en generar redes de cuidado.

Tal propósito, aparentemente simple, a la par que permitió crear vínculos para sentirnos seguras y cuidadas; fue una posibilidad de que cada una potenciara dimensiones de su ser que en la calle, al ser un espacio regido por una masculinidad hegemónica y exacerbada; están prohibidas o son vistas como debilidad. Así, la sensibilidad, el potencial creativo, el cuidado, la ternura y la mística se volvieron una trinchera para habitar y construir de maneras distintas ese territorio y por tanto asumimos de otras formas a nosotras mismas.

Con lo anterior no afirmo que esas características no existieran desde antes, al contrario, habitaban en cada una, pero en lo colectivo las dejamos de ver como debilidad para reconocer en ellas nuestra fuerza, nos sentimos en la tranquilidad de manifestarlas y potenciarlas. Esto, sobre todo en las callejeras, por el contexto en el que permanecen; es completamente transgresor porque subvierte la lógica de la muerte y de la individualidad.

Entonces, las callejeras, no solo fueron transgresoras con su huida de los lugares impuestos que no merecían ni aceptaban, sino que también, con sus formas de habitarlos y habitarse, generan grietas cada día en los espacios necropolíticos. Ellas, aunque tienen la valentía de encarnar la fiereza que les exige la calle, también tienen la astucia y la magia para encontrar alegría y belleza en un mundo que no da tregua a sus existencias.

Concretamente lo hacen con acciones tan simples y hermosas como bautizar a un árbol alegría y en los días fríos alentarlos a que no estén tristes; hacer de un loro el conversador de cada mañana o cuidar a la otra como a sí mismas. Y con actos tan sorprendentes como crear una biblioteca comunitaria feminista, construir cada noche en el cambuche un poemario propio o tomarse espacios que se supone que no les pertenecen: las marchas, las asambleas populares y los recitales poéticos.

Innegablemente, las callejeras con sus maneras de existir confrontaron todas las ideas que me había hecho sobre la calle. Después estar en otros lugares y sentirme agobiada de presenciar tanto dolor y muerte, llegar a Niquitao y ver en ellas la alegría, la vitalidad, la magia, el fuego creador, las formas en que transmutan lo que el mundo les ofrece y las ganas de vivir a pesar de la crudeza que enfrentan día a día, me llevo a poner en duda las maneras en que había leído el territorio, me generó varias preguntas: ¿son sesgadas mis afirmaciones? ¿estoy siendo determinista? ¿estoy leyéndolos desde el estigma y el prejuicio? ¿estoy victimizando?...

Las preguntas no tienen todavía respuestas definitivas y seguramente irán mutando con el tiempo y aparecerán otras, pero para aclarar un poco mis pensamientos, me remito a las palabras de X “para usted que está estudiando esto, le recomiendo que vea las dos caras de la moneda, acá hay que ver lo bueno y lo malo”. Claramente, por la intimidad que logré con las mujeres de Niquitao pude ver en ella los dos lados, “lo bueno y lo malo”, mientras que en otras personas y en otros lugares, me quedé con imágenes superficiales y efímeras, que no me permitieron descubrir muchos matices, ahí puede recaer un sesgo en mis reflexiones; puede que no haya tenido el tiempo ni el espacio para encontrar las fisuras que van surgiendo desde otros puntos de este territorio que he llamado necropolítico.

Sin embargo, el que ellas me mostraran otras formas de vivir la calle y de autoconstruirse desde ahí, no anula el hecho de sea un espacio atravesado por la violencia y formado a partir de ella, ni tampoco el que muchos de las personas que lo habitan vivan el dolor y el terror diario (incluyéndolas). Lo que me dicen sus existencias es que a pesar de que el mundo se empeñe en construir espacios de muerte, hay seres que resisten ante esto y que por más oscuras que parezcan las márgenes, allí también germina vida.

En síntesis, la experiencia con Callejeras evidenció que ante la hostilidad que es el mundo la salida está en lo que ha sido negado y minimizado, que ante el sadismo que invade la calle el juntarse con otras es transgresor. Las callejeras que no habían escuchado antes la palabra *feminismo*, con su existencia nos rectificaron y regalaron la ilusión de que como diría Astrid *nuestro espíritu feminista aliviará al mundo fatigado* y como diríamos todas nosotras *las flores rompen el asfalto*.

4 Conclusiones

Frente a mi intriga inicial respecto a los intereses y responsabilidades que tiene la ciudad en que existan personas callejeras y la relación entre la manera en que esta se ha construido y el fenómeno de la calle, me encontré con que un punto de partida fundamental para aclarar un poco las dudas, es entender la episteme necropolítica que se encuentra en las entrañas de este valle.

Aunque los cuerpos callejeros son residuales porque no tiene un lugar aceptado dentro del orden social y sus formas de vida no se acoplan al ideal de sujeto: blanco, higienizado, productor de capital, parte de una familia común y residente en espacios convencionales, no es cierto que sus existencias sean indeseadas o azarosas, como lo intenta mostrar el imaginario común y los discursos institucionales, al contrario, Medellín, es una perfecta productora de estos sujetos, sus existencias están implícitas en la episteme necropolítica de la ciudad.

Afirmo lo anterior porque el nivel de marginalidad y vulneración al que están expuestos estos seres es consecuencia de una ciudad que se encarga de dejar y hacer morir a sus habitantes, bajo la lógica de la necropolítica, en la que el poder tiene la soberanía para decidir quien vive y quien no, por medio de distintas estrategias.

Una estrategia sutil, aparentemente menos descarnada, es la violencia económica, la precarización de la vida, ya que la ciudad se ha construido bajo un modelo neoliberal en el que; el estado se ha desentendido de garantizar el bienestar de los ciudadanos, el espacio y los servicios públicos han sido privatizados y la institucionalidad promulga un discurso de ciencia e innovación que configura el sistema económico, sin tener correspondencia con el que capital cultural y material de sus habitantes, así, la mayoría de los ciudadanos quedan fuera de la economía, con pocas posibilidades para sobrevivir dignamente y en contexto con opciones de vida más restringidas.

Otra forma en la que el poder desecha cuerpos callejeros es a partir de la clasificación, esta estrategia se da de formas sutiles y dispersas como a partir del estigma que ronda el sentido común y culpabiliza a las personas por condiciones que tienen orígenes estructurales, a la vez que sataniza las formas de existencia de la otredad. Pero también es ejecutada de maneras más precisas y formales, tales como la clasificación institucional, concretamente me refiero al uso de la categoría oficial *habitantes de calle*, la cual omite las particularidades y matices del contexto, es

reduccionista por basarse en un sola condición para nombrar a un grupo poblacional, parte de la falencia para catalogar omitiendo las riquezas que hay en otras formas de vida y es violenta porque debido a su falta de correspondencia con la realidad, muchas personas no pueden acceder a servicios básicos que requieren, pues no entran en sus límites.

En vista de que la categoría institucional es opresiva, al igual que las otras que suelen usarse (*gamines, indigentes, desechables*) propongo utilizar el término *callejeros*, para hacer alusión a las personas que se enuncian desde la calle y construyen su vida allí, sin necesidad de reducirles a una única característica y dejando un margen amplio para incluir allí diversas condiciones de vida. Sin embargo, reconozco que la categoría puede ser muy ambigua y que para ciertas cuestiones burocráticas o de intervención se requieren caracterizaciones más concretas, por tanto, queda pendiente la tarea de conocer los matices, las particularidades y necesidades para desde allí crear unos relatos más fieles con la realidad y efectivos para cuestiones prácticas como las políticas públicas o los proyectos de intervención, pero estos no deben caer en el uso de términos que terminen implícitamente vulnerando a los sujetos.

Entre las estrategias de la ciudad para decidir quien vive y quien muere también está la creación de territorios necropolíticos, como la calle, que se caracteriza por ser un espacio ultraviolento, donde se desdibujan los límites entre lo legal e ilegal, se instrumentaliza la existencia humana y se mantiene un estado de excepción constante. Aunque es señalado como indeseado y eliminable, realmente es el resultado de la construcción de ciudad, condensa las principales problemáticas de esta y le sirve al orden social hegemónico en cuanto es convertida en un contenedor de sujetos residuales.

Lo anterior no implica que la calle como territorio no deba existir, al contrario, es importante reconocerla y saber de dónde vienen sus características para empezar a construirla de otras formas, pues aun siendo un margen, es el lugar de enunciación de muchos y desde allí también se tejen formas de vida que pueden ser enriquecedoras y transformadoras. El problema no es la calle en sí misma y quienes la habitan, sino los fenómenos que recaen sobre ella, el estigma y la naturalización de la violencia por parte de toda la ciudad.

Además, la calle, no solo es indispensable para entender a los seres que la habitan por ser el lugar desde el cual se construyen, sino que también, al condensar los problemas de la ciudad y ser una manifestación agudizada y cruda de estos, tiene mucho por decir respecto al orden social en general. Aunque desde la academia y los movimientos sociales poco se ha hablado de ella - en

parte por el riesgo que representa acercarse y en parte por el estigma – reconocerla como un fenómeno específico y empezar a entenderla en su complejidad, permitiría que a partir de ella se entiendan asuntos estructurales de Medellín.

En el camino de entender a Medellín a partir de los callejeros, me encontré también con que, un asunto fuertemente ligado a las experiencias callejeras es el narcotráfico. El tráfico de drogas tiene una larga historia en la que en medio de contextos precarios y en crisis y de un modelo neoliberal, ha consolidado una *narco-nación*. Esto ha sido posible no solo por la fuerte incidencia económica y política que logró, sino también porque ha expandido un imaginario social que juega a su favor poniendo la violencia y el consumo como principios, y ha configurado subjetividades a su servicio.

Entre esas subjetividades se encuentran muchas de las personas callejeras, que más que seres indeseados se convierten en personas útiles para la *narco nación*. Estos habitan contextos ultraviolentos en los que la criminalidad, adherida al tráfico de drogas, impone el orden social y le son rentables al negocio porque pueden participar en los eslabones bajos de la distribución interna y ser consumidores masivos.

Tal utilidad, tiene como consecuencia en sus vidas el hecho de que habiten constantemente entre el dolor y el terror, pues en muchas ocasiones son participes de la violencia desmedida como herramienta de supervivencia y posicionamiento social o padecen en sus cuerpos los efectos del consumo problemático desde las márgenes de la sociedad.

En este sentido, el narcotráfico opera en la ciudad como un dispositivo que sostiene la política de muerte al contribuir a la precarización de la existencia, promulgar la violencia como herramienta de posicionamiento social, borrar los límites entre lo legal y lo ilegal y desacralizar la vida construyendo subjetividades a su servicio y sentando las posibilidades para que los cuerpos sean llevados al límite del dolor.

Considerado lo anterior, es importante en futuras investigaciones ahondar sobre los efectos que tiene el narcotráfico en su actual fase de distribución interna sobre los sujetos, la forma en que conduce subjetividades y la manera en que se desenvuelve este negocio en contextos específicos como la calle, esto, permitiría trascender el discurso de la estigmatización y la asignación de culpas individuales, para encontrar relatos que se fijen en causas estructurales y pueden contribuir de manera más efectiva a reducir los efectos del fenómeno de consumo problemático y la marginación que viven las personas callejeras por este.

También es urgente procurar por políticas públicas e intervenciones sociales que realmente tengan en cuenta las condiciones físicas, psicológicas y emocionales de las personas con consumos problemáticos y sus contextos, para así lograr una reducción de riesgo y daños real. Por ejemplo, es indispensable una atención en salud particularizada, que, en vez de juzgar por el consumo, pueda proveerle a los sujetos las condiciones para que permanezcan en los procesos médicos, sin intentar siempre la rehabilitación, pues esta no es la decisión de todos los consumidores y esos no los hace menos merecedores de recibir atención.

Si de manera general ha habido poco análisis e interés en la calle, menos aún se ha hablado sobre la las mujeres callejeras, sin embargo, durante el trabajo de campo evidencíé que, en un contexto sumamente masculinizado, el género es determinante.

Muchas de las callejeras con las que me crucé han llegado a la calle empujadas por violencias de género: maltrato familiar, violencia sexual, intentos de feminicidio. Además, estando en la calle deben enfrentarse a esas mismas violencias y a otras que les son impuestas solo por el hecho de ser mujeres, pues en un contexto extremadamente patriarcal sus existencias son minorizadas. En ese sentido, la manera en que experimentan la calle es completamente distinta a la de los cuerpos no feminizados, algunas cuestiones como la maternidad, la menstruación, la orientación sexual y la cosificación de sus cuerpos hacen que sus estadías allí sean particulares.

Pero no solo son particulares por las vulneraciones a las que están expuestas, sino también por las formas en que resisten y por las estrategias que utilizan para sobrevivir, pues a partir de esas mismas formas, catalogadas femeninas, que les son enseñadas desde sus infancias, se ingenian maneras para burlarse de la masculinidad y esquivar sus violencias. En medio de un contexto caricaturescamente patriarcal ellas han construido, muchas veces sin nombrarlo, un feminismo callejero.

Entonces, además de la necesidad de reconocer las violencias que las habitan, es necesario escuchar las maneras en que recrean la vida, las formas que tienen de autoconstruirse alejándose de lo que la sociedad considera que debe ser una mujer y haciendo de ellas algo completamente distinto, que les permite vivir de manera digna en su contexto.

El feminismo en la calle, puede jugar un papel sumamente transformador, en la medida en que cuestiones como: el cuidado, la creación de lazos y afectos, la defensa de la vida y la del sentir y la sororidad, tienen el potencial de subvertir los imaginarios de muerte que se han insertado allí. Pero esto solo es posible si entra en diálogo con los conocimientos que ya han construido las

callejeras y con sus lecturas y condiciones de contexto, pues hasta ahora, dentro de la interseccionalidad que proclama este movimiento, ha quedado por fuera la calle.

En definitiva, la calle es un fenómeno del que poco se ha hablado, pero si se le mira por fuera del estigma, el clasismo, el prejuicio y la caridad, tiene mucho por decirnos. Es necesaria una mirada sincera, crítica, profunda, contextualizada, que se fije en los matices y en las contradicciones, para permitirnos escuchar lo que esta margen tiene por decirnos no solo sobre sí misma y quienes la habitan, sino sobre todo, sobre la sociedad tan podrida que hemos construido.

Referencias

- Alcaldía de Medellín. (2005). *Actores primarios del conflicto armado*. Medellín Mimeo.
- Alguacil, J. (2008). Espacio público y espacio político. La ciudad como el lugar para las estrategias participativas. *Cuadernos 22* (167-185).Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Alvarado, A. (2015). Desposeídos: ¿una Medellín para quién? *Revista de estudiantes de ciencia política*(6), 36-43. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/recp/article/view/327901>
- Alvarado, E. (2013). *Microtráfico y narcomenudeo Caracterización del problema de las drogas en pequeñas cantidades en Colombia*. Ministerio de Justicia y del Derecho – Dirección de política contra las drogas y actividades relacionadas.
- Alvarado Ospina, A. (2018). Nómadas urbanos: un análisis comparado de los modelos subnacionales de intervención urbana a los habitantes de calle en Medellín y Bogotá, 2012-2015. [tesis de pregrado, Universidad de Antioquia Medellín].Repositorio institucional Universidad de Antioquia.
- Alzate, G. (2014). Apuntes históricos sobre el origen del tráfico internacional de drogas ilícitas en Medellín. *Pensar Historia* (4) 47-59. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/pensarh/article/view/20848>
- Alzate, T. (2021). Sobre la imposibilidad de la calle. En Colectiva Feminista Callejeras (Ed.), *Flores que rompen el Asfalto* (9-14). Fuga Nómada.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*.Paidós.
- Castro, S. (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención delotro. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp.88-98). CLACSO Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
- Chavez Mac Gregor, H. (2013). *Necropolítica como trabajo de muerte*. [tesis de doctorado,Universidad Nacional Autónoma de México]. Biblioteca digital Universidad Nacional Autónoma de México
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Medellín: memorias de una guerra urbana*. CNMH,Corporación Región, Alcaldía de Medellín, Universidad EAFIT, Universidad de Antioquia.
- Correa, M. (2007). Para una nueva comprensión de las características y la atención social a los habitantes de calle. *Eleuthera* (1), 91-111. http://eleuthera.ucaldas.edu.co/downloads/Revista1_6.pdf
- Duncan, Gustavo.(2013).Una lectura política de Pablo Escobar. *Revista Co-herencia* 10 (19) 235-262. <http://www.scielo.org.co/pdf/cohe/v10n19/v10n19a09.pdf>
- Espinal, M., Giraldo, J., Sierra, J. (2007). Medellín: El complejo camino de la competencia armada Parapolítica. En M. Romero (Ed), *La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos* (pp.60-109). Corporación Nueva Arcoíris.

- Fuentes, A. (2012). Necropolítica y excepción: Apuntes sobre violencia, gobierno y subjetividad en Mexico y Centramérica. En A. Fuentes (Ed.), *Necropolítica, violencia y excepción en América Latina* (pp. 33-51). Instituto de ciencias sociales y humanidades Alfonso Vélez Pliego.
- Gigena, A. (2012). Necropolítica: Los aportes de Mbembe para entender la violencia contemporánea. En A. Fuentes (Eds.), *Necropolítica, violencia y excepción en América Latina* (págs. 11-33). Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Velez Pliego.
- Jaramillo, J. (2004). *Poemas de la ofensa*. Universidad Externado de Colombia.
- Manco, M. (2010). Todo este puto engranaje. *Defensa de la palabra* <http://defensadelapalabra.blogspot.com/2010/10/poeta-mauricio-manco.html>
- Martin, G. (2014). Medellín tragedia y resurrección, mafias ciudad y Estado 1975 -2013. La Carreta Editores E.U.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina.
- Mendoza Sanchez, C. (2018). *Necropolítica y capitalismo gore. Un estudio comparativo*. [tesis de maestría, Instituto de Investigaciones filosóficas Luis Villoro]. Biblioteca digital Universidad Michoacana de San Nicolas de Hidalgo
- Montoya, A. (2020). *Mujeres*. (Manuscrito sin Publicar)
- Pachón, X., & Muñoz, C. (1991). *La niñez en el siglo XX*. Editorial Planeta.
- Pelaez, H. (2018). Estudio de caso: la dominación de los habitantes de la calle del río Medellín en el control de las calles de la ciudad entre el terrorismo estatal y la narcoalianza. *Crisól* (5), 351-376. <https://crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/view/113>
- Quintero, J. (2020). Echele cabeza: una mirada al consumo de sustancias y a cómo se drogan los colombianos. Ariel.
- Raffo, L., & Calderón, D. (2017). Redes criminales y corrupción en la era del microtráfico y el narcomenudeo. *Revista de Economía Institucional*, 37(19) 227-261. <https://doi.org/10.18601/01245996.v19n37.12>.
- Rincón Henao, E. (2018). *Parchando la calle, haciendo una vida más allá del habitante de calle*. [tesis de maestría, Universidad de los Andes Colombia]. Repositorio institucional Universidad de los Andes Colombia
- Sánchez, C. (1993). *el contrasueño: historias de la vida desechable*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Suarez, C., & Gongora, A. (2008). Por una Bogotá sin mugre: violencia, vida y muerte en la cloaca urbana. *Universitas Humanística* (66), 107- 138. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/2113>
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina.
- Valverde, C. (2015). De la necropolítica a la empatía radical. Icara.